



REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRECTOR: DON MANUEL REINA

REDACTOR-COPROPIETARIO: D. J. M.^a ALCALDE

SUMARIO

REVISTA GENERAL.
EL FIN DE UNA RAZA.
EL TITÁN.

AU BONHEUR DES DAMES.
POESÍAS DE ROLLINAT. (*Traducciones*)
NOCHE DE REYES.

EL AMANECER.

EDGARDO PÖE.

UNA MISERIA (*De Baudelaire*).

EL REQUIEM DEL CUERVO.

EL DOS DE MAYO.

LIBROS.

EMILIO S. PASTOR.
JOSÉ DE PEREDA.
J. ALCALÁ GALIA-
NO.

MARIANO CAVIA.
ANIER Y DIAWLIA.
J. ORTEGA MUNI-
LLA.

FILEMÓN BUITRA-
GO.

ISMAEL RIVAS Y
CALDERON.

EDUARDO BUSTI-
LLO.

ERCKMANN CHA-
TRIAN.

V. MARÍN Y CARBO-
NELL.

A.

Administración: Plaza de la Independencia, 10, 3.º derecha

REVISTA GENERAL

Dolorosa impresión, tanto más dolorosa, cuanto que las consecuencias de un deplorable incidente no se conocen todavía en toda su extensión, ha producido en el ánimo de los hombres políticos lo ocurrido en el Congreso en la tarde del viernes 27 de Abril. Por tratarse, en apariencia, quizá de una cuestión de moralidad por rozarse con la independencia del poder judicial, por haberse aprovechado el asunto para perturbar la patriótica agregación de elementos democráticos en torno del Sr. Sagasta, la cuestión Monasterio valiera más que no hubiese llegado para bien de la situación y hasta del país, que nada consigue con esas luchas en las que se trata despiadadamente a los hombres que están al frente de sus destinos.

Trátase, y lo referiremos brevemente para aquellos de nuestros lectores que no conozcan el asunto, tratase de un homicidio cometido en Madrid hace algunos meses. El presunto reo, emparentado con una familia de influencia en la situación, elige por abogado al señor Romero Girón, que después se encarga de la cartera de Gracia y Justicia. El juez que debía fallar la causa, es trasladado antes de dictar la sentencia, se encarga del negocio como suplente el juez municipal, y el procesado, contra el cual pedía el fiscal y la parte algunos años de cadena, es absuelto o poco menos, puesto que sólo se le condena a cuatro meses de arresto por heridas leves inferidas a un compañero del difunto, y computándole el tiempo que llevaba detenido, es puesto en libertad inmediatamente. El fallo alarmó a la opinión pública, forzoso es confesarlo, y aunque se dice aquí a diario que aquella carece de fuerza, el hecho es que de tal modo llegó a imponerse, que por espacio de un mes no se ha hablado de otra cosa, sin que ni en periódicos ni en el Parlamento haya habido nadie capaz de defender la sentencia en cuestión.

Un periódico, en términos duros y exagerando los hechos, acusó duramente al señor ministro de Gracia y Justicia, suponiéndole verdadero autor de las anomalías halladas en el proceso, y el periódico fué llevado a los tribunales; como su director era el diputado Sr. González Fiori, fué necesario pedir a las Cortes el suplicatorio correspondiente, y este debate es el que aprovechó el representante del país para llevar al Parlamento los ecos de todas las murmuraciones, para reproducir todos los cargos publicados en la prensa, y para repetir las reticencias que con mayor o menor franquicia se ventan escuchando en las conversaciones particulares.

Triste sesión fué la destinada a este objeto.

Expuso el Sr. Fiori cuanto había oído, sin reparar en la gravedad de sus ataques.

Contestó el ministro cumplidamente a los cargos concretos; con debilidad incomprensible a lo que sólo eran rumores y malevolencias; con frialdad y notorio desaliento al carácter y tono generales del discurso pronunciado por el diputado izquierdista.

Luego el Sr. Silvela, como empujando la bandera de la moralidad y consecuencia políticas, habló en nombre del partido conservador, habló también para descargar terribles golpes sobre el ministro de Gracia y Justicia, sobre el Gobierno, sobre la mayoría, sobre la situación entera en una palabra.

Expuesto lacónicamente lo ocurrido en esa sesión, ¿necesitaremos decir cuáles serían las impresiones sacadas por los hombres públicos cuando terminó el debate? La prensa las reflejó con bastante fidelidad. Grandes esperanzas, innoble regocijo en las oposiciones; tristeza profunda, malos presentimientos entre los amigos del Gobierno.

Borrada esa impresión primera que hiere vivamente en todos los asuntos políticos, acalladas un tanto las pasiones, la razón empieza a demostrar que en esas impresiones hubo demasiada exageración, y que ni las oposiciones pueden prometerse nada, ni los amigos del Gobierno mostrarse tan decaídos como al día siguiente del suceso lo estaban.

En el curso que este asunto ha seguido, hay que distinguir dos extremos; primero, la sentencia del juez municipal aludido; segundo, el carácter político que se ha querido dar a la cuestión.

En el primer extremo, no cabe duda alguna que el juicio de la opinión es unánime; el hecho de cometerse un homicidio en una de las calles más céntricas de Madrid, y no resultar culpable ninguno de los que figuraron como agresores en la contienda, es bastante significativo, y suficiente para que la sociedad se preocupe de la índole de la sentencia, deseosa de conocer a fondo si la ley y la justicia se han cumplido estrictamente.

Respecto del otro punto de vista del asunto, respecto de la intervención que se supone ha tomado el ministro de Gracia y Justicia en este proceso, la prueba falta por completo; las afirmaciones que se han lanzado al público, son falsedades y absurdos que no pueden sostenerse seriamente, y el deducir de aquí que la situación modificará sus tendencias, que se variarán las corrientes que dominan, y que habrá de modificarse la composición del gran partido liberal, nos parece una manera de pensar que no está ajustada ni siquiera a las nociones del sentido común.

La sentencia ha llamado con motivo la atención de la opinión pública; pero esta puede quedar satisfecha, y quedará indudablemente sin necesidad de acudir a los parlamentos y al escándalo, porque los procedimientos judiciales establecen los medios y los trámites que deben seguirse para llegar a la depuración de la verdad. La causa irá a la audiencia, después puede pasar al tribunal supremo, y allí se examinarán los vicios de que adolezca la sentencia del inferior, enmendando los yerros, y hasta exigiendo responsabilidades si las hubiese.

¿A qué conduce el alzarse de una sentencia de primera instancia ante el Parlamento, que es, en resumen, lo que han hecho los iniciadores del debate parlamentario?

¿No acusa esto más propósito de producir escándalo que de volver por los fueros de la justicia? No hay acaso en nuestras leyes manera legítima de exigir la responsabilidad de todos los funcionarios públicos, lo mismo al juez que al ministro de la corona? Natural parece que los ciudadanos que se sientan poseídos de verdadero amor a la justicia, y quieran perseguir los delitos que a su juicio se cometan, acudan a los procedimientos que conduzcan a hacer efectivo su deseo; despreciar los caminos legales para acudir a la acusación pública, donde no se falla ni se prueba, es demostrar que no se busca el esclarecimiento del hecho ni el castigo de los que resultaran delincuentes. Indica esto, todo lo más, que hemos llegado ya a unos tiempos tan desgraciados, en los que los partidos políticos no titubean ni dudan un momento en el empleo de armas ilícitas y procedimientos poco levantados para atacar a sus adversarios. Si esto llegara a ser común, si esto se repitiera por todos, la política sería un campo de donde tuvieran que retirarse aquellas personas que estimen en algo su reputación y su honor. Por fortuna, el sentido de los pueblos, que siempre es justo, aunque por un instante se apasione, acaba por desdenar a los que tales medios políticos emplean para combatir al enemigo, y al fin y al cabo siente hacia esos procedimientos la repugnancia que inspira el escándalo, aunque la débil condición humana encuentre en él cierta momentánea complacencia.

**

No es posible negar que todo lo ocurrido en el incidente a que nos referimos en el párrafo anterior, ha creado una situación algo embarazosa al Gobierno, por el interés con que cada grupo ha querido aprovechar el suceso para su uso y particular provecho.

Algunos elementos de la derecha del partido liberal se manifestaron en un principio propicios a una modificación parcial del Gabinete, que diera por resultado la sustitución del actual ministro de Gracia y Justicia; pero en este deseo se ha notado a los pocos días una reacción bastante justificada.

Los elementos democráticos, los que quieren que la situación marche sin vacilar hacia adelante, y no han tenido poder para impedir que la izquierda tratara de quebrantar al Gobierno, precisamente en la única representación que la democracia tiene en su seno, son los que, pretextando un interés que por el Sr. Romero Girón no sienten, proclaman la necesidad de un cambio completo de Gobierno. Las miradas se han fijado en el Sr. Posada Herrera; un Gabinete bajo su presidencia, dicen, suavizará todas las asperezas que puedan existir en la mayoría, y después de aprobar los presupuestos, y dar por terminada la segunda legislatura, se prepararía el advenimiento de una robusta y enérgica situación liberal, que cuente con el auxilio de todas las izquierdas.

Esta fórmula seducirá a algunos cándidos, pero juzgando con mediana experiencia, se ve la imposibilidad de que realice ninguno de los fines que sus patrocinadores se proponen. En primer lugar, en estos momentos, la formación de un Gobierno de condiciones semejantes quitará gran fuerza a toda la situación liberal, y ahora, más que nunca, está necesitada de tenerla para resistir a los combates de unos, a la deslealtad de algunos, y al desaliento de muchos.

En segundo lugar, la mayoría de las actuales Cortes es del señor Sagasta, y en este punto no hay que hacerse ilusiones de ningún género; la mayoría pertenece generalmente al jefe del partido constitucional, y los obstáculos que encontrará cualquier situación presidida por hombre político, aun teniendo la respetabilidad y simpatías de que el Sr. Posada Herrera goza, serían insuperables.

La mayoría, á pesar de todo cuanto se ha dicho de su indisciplina, ha hecho siempre lo que al Sr. Sagasta y á su política ha convenido. La mayoría ha votado para la primera vicepresidencia al señor marqués de Sardoal, que no pertenecía al partido liberal-dinástico, y lo ha hecho por disciplina, por sumisión á la política del que es su indiscutible jefe. Pues bien; ninguno de los hombres que hay en el Parlamento puede conseguir un resultado semejante con mayoría del Congreso, y si el caso de formar una situación llegase, se vería muy pronto la más completa prueba de nuestra afirmación.

En estas condiciones, ¿sería político siquiera la desaparición del Sr. Sagasta del banco azul.

No sabemos si á algunos demócratas impacientes y poco patrióticos, podrá convenirles este suceso; pero sí podemos afirmar que la situación liberal habría comenzado un rápido descenso y que en vano se trataría de evitar la llegada al límite del plano inclinado que empezaríamos á recorrer con ese solo hecho.

Lo que á nuestro juicio necesita la situación, es escatimar su camino, desarrollando una política liberal en todas sus manifestaciones, cuidándose poco de las actitudes personales. En todo caso si el poder hubiera de modificarse, debía hacerse esto para robustecerlo, no para debilitarlo con gabinetes de negocios que serían forzosamente combatidos por los que hoy los patrocinan y analizados con poco entusiasmo por los diversos elementos que constituyen el partido liberal dinástico.

Otro suceso que merece consignarse, aunque no reviste la importancia de los que hemos apuntado, es la actitud del partido conservador frente al proyecto de Jurado que se está discutiendo en la alta Cámara.

Con motivo de someterse en dicho proyecto el conocimiento de los delitos de lesa majestad al Jurado, el partido conservador ha declarado que nunca aceptará ese principio, y que si fuese llamado al poder, al día siguiente de ocuparlo modificaría en el punto referido la institución del Jurado.

Esto revela un cambio de conducta en el partido conservador y significa una verdadera reacción en sus doctrinas.

Hace tres meses, por favorecer á la izquierda, se disponía á aceptar la Constitución de 1869, con el previo período constituyente; ahora empieza á poner escrúpulos á cosa menos grave que la discusión de la monarquía, que forzosamente había de traer el período constituyente que antes defendía la izquierda.

A qué puede responder este cambio de conducta, no tiene más que una explicación. La izquierda carece de fuerza ya para combatir á la actual situación; los conservadores no esperan ya nada de aquel fracasado movimiento, y recobran una actitud conforme con su significación política.

Esto es una ventaja para todos, porque cesará la perturbación introducida hace medio año, y cada cual estará en el combate con sus principios y doctrinas, y no pretendiendo usurpar los del adversario para engañar á la opinión pública.

EMILIO S. PASTOR

EL FIN DE UNA RAZA

I

Nos despedimos de él dieciséis años ha, y ya era viejo entonces. Iba muelle arriba, descolgando su gigantesca arboladura sobre un enjambre de pescadoras y granujas que le rodeaban. Gemían unas, suspiraban otras, y se secaban los ojos muy á menudo con la orilla del delantal ó con el anverso de la mano, mientras hormigueaban entre ellas los muchachos con el escozor de la curiosidad. Hablaba él con todos, sin mirar á nadie, forjando los secos razonamientos á empellones, como si derribara las palabras de sus hombros y las diera el acento con los puños. Quien sólo le viera y no le escuchara, tomárale por fiero capataz de un rebaño de esclavos y no por paño de lágrimas de aquella turba de afligidos.

En tanto, cerca del promontorio de San Martín, balanceábase un buque del Estado, arrojando de sus entrañas de hierro, entre sordos mugidos, espesa columna de humo, que el fresco Nordeste impulsaba hacia

la ciudad, como si fuera el adiós fervoroso con que se despedían de ella y de cuanto en ella dejaban, quizá para siempre, agrupados junto á la borda, los valientes pescadores santanderinos arrancados de sus hogares por la última leva.

Yo la describí entonces con sus menores detalles, y los nombres de sus héroes llegaron más allá de las fronteras de su tierra patria, no por virtud del artista que trazó el cuadro, sino por la importancia del sujeto de él. Pero de todos aquellos nombres, ninguno sonó tan recio como el de Tremontorio, el arisco y hercúleo marinero del *Cabildo de Abajo*, curtido por todos los climas y batido por todos los mares del mundo. Esta preeminencia, y alguna razón de arte, que se expone en sitio conveniente de este esbozo, me obligan á trazarle, para que sepa el curioso lector qué fué de aquel castizo personaje desde que, en la apuntada solemne ocasión, se separó de él el último de los granujas que le habían rodeado, y solo y triste y refunfuñando, comenzó á subir lentamente los carcomidos é inseguros peldaños de la escalera de su casa.

Al llegar al fementido buhardillón en que le conocimos, trancó la puerta por dentro, sentóse con dificultad sobre un casi invisible taburete de pino, cargó la pipa, encendiola, chupó, y, cuando espesas nubes de humo le envolvían la cabeza, la dejó caer entre sus nervudas, angulosas y curtidas manos, después de afirmar los codos sobre las rodillas. Así permaneció largo rato, oyendo los alaridos que de vez en cuando lanzaba la mujer del Tuerto en el buhardillón contiguo. Luego notó que le llamaban, y gruñó al conocer la voz; pero, aunque de muy mala gana, alzóse del banquillo y salió al balcón. En el de la otra buhardilla le esperaba la mujer del Tuerto, con los párpados hechos ascuas, las greñas sobre los ojos, la cara embadurnada con la pringue de las manos disuelta en lágrimas, en mangas de camisa, desceñido el refajo y medio descubierto el enjuto seno.

Al ver á Tremontorio comenzó á gemir y á echar por la boca preguntas y exclamaciones á torrentes, mientras revolvía el bardal de su cabellera con las puntas de los trémulos y crispados dedos de sus manos.

—¿Se fué el venturao de Dios?... ¡Mariduco de mis entrañas!... ¡Lloraba, tío Miguel?... ¡Se acordó alguna vez de mí?... ¡Dígamelo, tío Tremontorio, que se me está partiendo el alma de pura congoja!... ¡Irá muy alejos?... ¡Volverá?... ¡Tardará mucho?... ¡Ay de mí, probel!... ¡Sola me dejó y sin arrimol!... ¡Hasta el de las inocentes criaturas me faltal!... ¡Las que parí, tío Miguel, las que crié á mis pechos! ¡Me las han arrancado de casa!... ¡Bien sé yo quién!... ¡Bien sé yo por qué!... ¡Pero al otro mundo no ha de ir á pagarlo la muy sin vergüenza, cuentera y borrachona!...

Y en esto, miraba al balcón de su suegra, echando todo el desaliñado busto fuera de la balastrada. Tremontorio no hacía más que contemplar por debajo de sus cejas grises, ¡pero, qué celajes los de su mirada! No la dulcificó el viejo marinero cuando la sardinera volvió á encararse con él; antes bien, cargó de nubes el ya tempestuoso *cari* de su entrecejo, y, por toda respuesta á tantas preguntas y declamaciones, largó á su vecina á quemarropa, con la voz de un cañonazo, esta sola palabra:

—¡Bribonal!

En seguida *viró en redondo*, con la calma y la solemnidad de un navío de tres puentes, se encerró en su guarida, tendióse sobre el jergón, y así le cogió la noche.

También había vuelto del muelle el tío Bolina, y encerrado estaba en casa con su mujer y sus nietezuelos, desnudos, sucios y medio atolondrados desde la despedida de su padre, el atribulado Tuerto.

Al ver la sardinera que por aquel día no había modo de refir con nadie desde el balcón, encerróse también en su caberna, sacó de un escondrijo una botella de aguardiente, bebióse cerca de la mitad, y, cuando los vapores de aquel veneno comenzaron á adormecerla, acercóse balbuciente y con paso mal seguro á la sucia y fementida cama, y en ella se desplomó, revolcándose allí como cerdo en la pocilga.

II

Cambié de observatorio, por razones que no importan un rábano al lector, y durante tres años nada supe de estos personajes. Un día me llevaron mis recuerdos y mis inclinaciones á visitar la calle en que los había conocido. Busqué con afán la casa que habitaron, pero no dí con ella. En su lugar se alzaba otra, flamante, con balcones de hierro y vidrieras con cortinillas. Ni rastros quedaban allí de la gente que iba buscando. Pregunté por ella á un antiguo vecino, y me dió estas noticias solas.

Al año de marcharse el Tuerto, que aún andaba en la Armada, murió de viejo su padre, el tío Bolina, y la viuda de éste, seis meses después, de soledad... y también de vieja. Entonces recogió la sardinera sus hijos, y desapareció con ellos de la casa y de la calle. Cuando ya Tremontorio juzgaba excesiva la soledad de su buhardillón, pues la vecindad de Bolina era una necesidad para su alma, aunque él creía otra cosa, antojósele al propietario derribar la casa y construir otra capaz de más lucidos inquilinos, con lo cual el celié pescador trasladó sus penates á una bodega de la calle del Arrabal, donde vivía desde entonces, dedicado, como de costumbre, á hacer redes primorosas todo el tiempo que le dejaba libre la lancha en que tenía una *soldada*.

Andando los meses, volví á verle en el muelle, unas veces con el cesto de los aparejos al brazo y el *sueste* en la cabeza, de vuelta de la mar, y otras arrimado á las jambas de una puerta, silencioso y encor-

vado, como esas cariátides de la arquitectura que sostienen bóvedas con las espaldas. Y no le ví más en mucho tiempo.

Ocurrió por entonces en España uno de esos acontecimientos que hacen raya en la historia de los pueblos; marejadas de fondo, como diría Tremontorio, cuyas ondas, bajo un cielo sereno, sin saberse en dónde nacen, son más impetuosas á medida que caminan y llegan á la costa, y baten sus peñascos, y no hay entre ellos cueva ni boquete, ni escondrijo donde la furia no meta su desgredada cabeza con pavoroso estruendo, ni puerto tan seguro que no reciba sus espumas y sienta estremecerse el limpio cristal de sus aguas. Así se hizo sentir la fuerza de aquel acontecimiento excepcional hasta en los hogares más apartados del calor de la política y de las pasiones de partido.

En algún libro he hablado yo largamente de los marineros de Santander, á propósito de su desdenoso estoicismo enfrente de la maravillosa transformación que venía verificándose en esta ciudad, así en lo moral como en lo material. El empuje de este vértigo reformista derribaba sus apiñadas viviendas y secaba los fondeaderos tradicionales de sus lanchas; pues se echaban al hombro los pobres arapos de su ajuar, buscaban otro agujero en que meterse con ellos y un nuevo sitio en que fondear sus embarcaciones; sin volver la vista atrás, ni dárseles una higa por todo el ruido y aparato de la nueva civilización que los iba acorralando poco á poco. Para ellos no había en el mundo cosa seria y bien ordenada sino la mar, y la mar la había hecho Dios con el exclusivo objeto de que pescaran en ella los matriculados. Esta mar, es decir, cuanto de ella abarca la vista de un marinero desde la punta de Cabo Mayor; sus celajes, sus pescados, sus brisas y sus tormentas, las *cosieras* del besugo; las *cáceas* del bonito; las campanas de la sardina; los asuntos del cabildo; el escaso valer del otro (jamás hubo avenencia entre el de *Arriba* y el de *Abajo*), y lo poco más que pudiera relacionarse con estos particulares, eran el mundo de estas honradas gentes. Todo lo restante no valía á sus ojos una sula. Fuera del gremio, no conocían á nadie en el pueblo, y de las diversas clases y categorías de éste, sólo citaban alguna vez, pero como quien habla de cosas del otro mundo, á los *comerciantes del Muelle*. Así vivían apegados, desde tiempo inmemorial, á lo exclusivamente *suyo*; y en usos, traje, acento, y hasta lengua, fueron siempre en Santander lo que el peñasco en la mar; bello para el artista; un estorbo para los múltiples fines de las humanas ambiciones.

En tal estado de virginidad recibió esta gente las primeras noticias del acontecimiento de que íbamos hablando. No hay para qué decir que no hizo maldito el caso de él. Pero cuando, abiertas las válvulas á todos los pareceres y á todas las ideas fué llegada la hora de echarse cada cual, á campo-atravesado, en busca de terreno para alzar una cátedra en él, ¿qué *doctor*, por corto que fuera de alcances, no había de descubrir, á la primera mirada, el mejor de los terrenos, para aquellos fines, en la pura, tradicional, primitiva sencillez de la clase marinera? Así fué que, lloviendo sobre ella apóstoles de la flamante doctrina, comenzó á reblandecerse al son de tantos himnos y jaculatorias, y acabó por quedar encantado sin saber de qué, como el hombre de las selvas al oír las melodías de una flauta. Desde entonces se lanzó, con la pasión de los niños en libertad, á balbucir palabras, que no entendía, del nuevo vocabulario político; á las *manifestaciones* públicas, al *club* y á las urnas electorales, siendo muy de advertir que en este entusiasmo iban siempre delante las hembras, las cuales hubieran llegado á emular las glorias de las *calceteras* de Robespierre, si las circunstancias lo hubieran exigido. Jamás se ha visto una transformación más radical ni en menos tiempo.

Sin embargo, no hubo medio de meter el diente á Tremontorio. Estaba fondeado á dos anclas en su puerto natural, y no había fuerzas humanas que le sacaran de allí.

—¡A pedricar al limbo, tiña, que está lleno de inocentes!—decía á los catequistas que se atrevían á hablarle.... desde lejos.—¡Pero á mí!... Yo ya sé que si quiero comer tengo que jalar del remo y jugar me la vida en el mar seis veces á la semana... ¡Allí sus quisiera yo ver, tiña!

Si se le replicaba que precisamente para mejorar las condiciones de su oficio era para lo que se le quería atraer al partido, añadía hecho un veneno.

—Pamemas, tiña; que si tan bueno fuera lo que tenéis á la mano, no vos acordaríais de ofrecérmelo á mí; sus lo guardarais para vosotros, retaña.... ¡Si soy *muie* viejo!.... ¡No vos canséis en calarme la sereña!

Y no mordía la *ujana* el muy ladino.

En estas y otras, presentósele un día el Tuerto con las manos en los bolsillos y la cara hecha un vinagre.

—¿De dónde vienes, tiña?—le preguntó el viejo Tiburón, abrazando con cariño, pero muy admirado, al parecido.

—Del departamento—respondió el Tuerto.

—¡Del departamento! ¿Pues no mandaste carta de allá, hace ocho días, para mí, á Pantuca, que sabe leer y escribir?

—Cierto.

—Pues ná me decías de venir tan aína. ¿Cómo es eso, tiña?

—Porque al otro día de escribirle á Vd. se prenunció la gente de la freata.

—¡Tiña! ¿Y tú también?

—No, señor.... pero me ví *revuelto* en la tremolina sin saber cómo

—¿Y á cuántos prenuncios colgaron de las gaviás?

—A denguno.

—¡Retaña! ¿Cuándo se vió eso?... ¿Y serás capaz de venirte sin licencia?

—No, señor; traigo un pase

—Pos ¿quién te lo dió, cuando debieron haberte leído la sentencia de muerte.

—Un cabo de cañón y un terrestre de mucha sofama que mandaban allí.

—¿Y el señor comandante y los oficiales?

—Harto tuvieron que hacer con tomar puerta en la cámara, después de tumbar á media docena de prenuncios.

—Pero, retaña, ¿cómo no te ahorcaron al saltar á tierra?

—Porque se tuvo por bueno el pase que me dieron abordo, firmando por el terrestre.

—¿Y eres tú capaz, tiña, de tomar cosa alguna de un terrestre que se mete á mandar en una freata de guerra?

—¡Pero si no había otro remedio, puño! Y además, yo era ya cumplido, y de un día á otro tenían que despacharme.

—¡Con su cuenta y razón, tiña, no de ese modo!.... ¡Un terrestre! ¡A la *Ferrolana* pudo haberse atracado él á repartir licencias cuando dábamos la vuelta al mundo! ¡Bien saben ellos onde se meten!.... ¡Harto será, tiña, que no te guelvan á llamar, porque la ley es ley, y el que la hace la paga, si no es hoy mañana!

—Pues, puño, con golverse por onde vine.... Así como así, pa ver lo que yo acabo de ver, morir me es mejor, cuanti más golverse al servicio.

—¿Qué vistes, hombre?

—¡Lo último, puño, lo último que me quedaba que ver! Y créalo, tío Tremontorio: más me apesadumbra esto que el venir con el pase del terrestre.

—Pero, ¿qué vistes?

—¡Pásmese, hombre! Ahora mesmo, al pasar por el muelle, he visto á la mi mujer vestida de comedianta, con un gorro á modo de pimienta, una casulluca con estrellas y un pendón lleno de letreros, y más de un centenar de babiecas detrás de ella echando vivas, yo no sé á qué.

—Eso es todos los días, hijo; y no te pasmara si hubieras visto lo que yo voy viendo. Pero no tiene ella la culpa, tiña, que si no la pagarán por eso, no lo hiciera.

—¡Tarascona! La he de romper los pocos huesos que la dejé sanos.... Pero ¿y los hijos, tío Tremontorio? ¿Qué será de ellos con esa madre? Quiero ir ahora mismo á su casa para recogerlos.

—¿A su casa, tiña? ¿Onde está ella? ¿Sabe nadie si tiene casa la tu mujer?

—Pus ¿ónde duerme, puño?

—Onde la coge la cafetera, hijo; con el íte de que no la suelta donde que anda con esa arboladura por las calles.

—¿Y los hijos?

—Los hijos, si no hay quien por caridad los recoja á las puertas del muelle por la noche, allí se la pasan á la timperie.... Bien sé yo, tiña, quién los quita el hambre y los abriga muchas veces; pero uno no puede estar en todas partes, ni ellos acuden á uno siempre que debieran.... porque, retaña, la verdá es que se han hecho ya á la bribia, y por el cariz que traen, van á hacer buena á su madre.

El Tuerto no quiso oír más, y salió de la bodega de Tremontorio, echando llamas por los torcidos ojos y maldiciones por la boca.

III

Creía el valiente veterano de la *Ferrolana* que, aunque con trabajos, lograría irse haciendo á los nuevos resabios del gremio y vivir en paz, si no á gusto, los pocos años que le quedaban de vida, y por conseguido lo daba ya, cuando cayó sobre sus anchas espaldas el peso insoportable de un infortunio con que jamás había soñado. Este golpe de muerte fué la abolición de las matrículas y supresión de los cabildos, decretadas por el gobierno imperante.

Creyó volverse loco con la noticia, y tardó muchos días en tragarla por cierta. Cuando no pudo negarla, no le cabía en casa, y se largaba á la ajena, ó al muelle, á desahogar la ira con el primer camarada que hallaba á sus alcances.

—Pues no hay otro remedio que tragarlo, tío Tremontorio—le decían otros pescadores un tanto desengañados—pues cuando pidieron, por extrañas sugestiones, la abolición de las matrículas con el fin de verse libres de las levas, nadie les dijo, ni ellos cavilaron que al desprenderse de una carga tan pesada, perdían, en consecuencia, el monopolio del mar y del puerto, que era la recompensa de ella.

—¿Que no hay otro remedio!—exclamaba Tremontorio, haciendo crujiir los puños.—¡Eso lo veremos, tiña! ¿Quién lo ha mandao?

—El gobierno de arriba.

—¿Quiénes son esos gobiernos pa meterse en la hacienda de los marreantes? ¿Qué saben ellos de cosas de la mar?

—El que manda, manda tío Tremontorio.

—¡No en mi casa, tiña!

—Pues la ley es ley ahora y siempre.

—Por eso mesmo: á la ley me agarro, y ¡viva la de nosotros!

—Pero una ley mata á otra, y la nueva es la que vale.

—En lo terrestre, pase; pero ¡en lo de la mar!

—Pero, hombre, y después de bien desaminao, ¿qué vale too ello? Y aunque valiera, si nos quitan las levas....

—¡Las levas.... retaña! Siempre las tenéis delante de los ojos, pa espantarvos el sueño.... Dos me cogieron á mí, y vos digo que no me pesa ahora qué salí de ellas.... Más debiera espantarvos estotro.... Sí, señor, tiña; y ciegos sois si no lo habéis visto bien claro. Con esa orden de arriba, se dice: «abro la puerta á la mar....» y allá voy yo, y allá

vas tú.... y alla van ellos, tiña.... porque detrás de nusotros podrá ir, con la ley en la mano, el raquero del Puntal, el chaluquero de las Presas y toos los tiñosos de la costa de la badía.... Y esto no lo aguanto yo retiña; que la mar se hizo pa los hombres que deben andar en ella y han andao siempre. ¿Onde se ha visto que la gente del *muergo* sea quién pa dir conmigo á la pesca de altura? Vos digo que no tendréis vergüenza si vos dejáis igualar por esa grumetería.... ¡Pos dígo al respetive de los cabildos! ¿Qué semos ya los mareantes sin ellos? ¿A ónde vas tú? ¿A ónde voy yo, que valgamos dos *luciatos*? Quiere decirse, tiña, que, de hoy pa lante, tanto da ser callealtero como de nusotros.... toos seremos unos.... ¡Pa ellos estaba, tiña!

—Too eso está muy bueno; pero considere que está escrito en ley allá arriba, y que de na sirve lo que nusotros estipulemos acá abajo.

—Ya verás si sirve, tiña. Por de plonto, sepan esos gobiernos que Tremontorio no güelve más á la mar con esa ley.

Y no volvió el testarudo veterano. Las redes le dieron para casa y pan, y el canon de su quión en la lancha para compaño. Pero advirtió, andando el tiempo, que, á pesar de la nueva ley, la mar no había sido profanada por los *anfíbios* de la costa de la bahía, y como además se aburría mucho estando siempre en tierra, y la mar le *jataba* como de cosa propia, resolvióse á estudiar el punto más á fondo, por si podían conciliarse su tesón y sus deseos. La nueva ley abona, es cierto, la antigua matrícula; pero exigía en cambio, una inscripción que daba á los inscritos privilegios parecidos á los que tuvieron los matriculados, y en cuanto á los cabildos, también quedaba algo, á modo de gremio, para sustituirlos.

No le llenó el ojo nada de eso á Tremontorio: pero, al cabo, era algo que ponía centinelas á la puerta de la mar: y como además le ponderaron mucho las ventajas sus compañeros de fatigas, y él tenía grandes deseos de conformarse, conformóse, aunque á regañadientes, y volvió á su lancha.

Para entonces, los diez años corridos desde que le conocimos en *La leva* ya sesentón, habían hecho honda mella en su persona. Estaba más encorvado, más flaco, algo trémulo, y con la greña, las patillas y las cejas enteramente blancas, muy ásperas y muy largas. Pero su vestido, como su carácter, era el de siempre: el mismo gorro catalán, la misma camisa de bayeta verde, sobre la de estopa interior, los mismos calzones pardos de ancha campana, y amarrados á la cintura con una correa, y los mismos zapatos, sin tacones y sin lustre, sobre el pie desnudo.

Consigno este dato, porque á la sazón no era ya este traje el característico del oficio. En los años pasados, desde el consabido acontecimiento, la gente marinera había ido confundándose en todo con la terrestre, así en ideas como en hábitos y costumbres. Lo cual no dejaba de exasperar á Tremontorio, y dábale á menudo ocasión de fulminar sus embreados apóstrofes, sobre los *pinturines* pescadores que calan por su banda.

En una de estas ocasiones le ví yo en el muelle. Estaba hecho una tempestad en medio de un grupo heterogéneo y abigarrado, aunque se componía exclusivamente de marineros. La verdad es que siendo Tremontorio el único que se hallaba en carácter allí, y como si dijéramos en su propia casa; parecía el intruso y el pegadizo entre tantos degenerados.

—Ya se ve, tiña—decía cuando yo pasaba, y por eso me detuve á escuchar—desde que vais al voto y á esos pedrúques con el señorío pudiente, y andáis tan empavesaos, ¿qué vus ha de paicer este patache carbonero? Pus, tiña, de mi madera sois, con toda esa fantesía; y el más ó el menos de trapo no le hace al casco tener los fondos mejores.... Ni barrunto que de ayer acá vos haya caído denguna herencia de repente, pa echarvos tanta guinda.... Onde se ve la gente es en la mar, retiña, y que se diga muy recio si en más de tres duros y medio que ya cuento le he pedido á alguno remolque allí.

Replicóle uno que el andar bien *portao* no quitaba fuerza ni valor á la *prersona*.

—¡Taday, niquitrefe!—díjole Tremontorio con el mayor desprecio. —Si sois valientes entoavía y jaláis del remo como yo, es porque lo habéis mamao, y allá vos queda.... Eso es el cabildo de Abajo, sépatelo bien.... ¡Retiña, qué gracia!.... Pero que vos dé otro tanto, la vida que traéis.... ¡Surbia vos dará!

—Y lo que Vd. no guipa porque ya está fuera de combate—respondiéronle en son de zumba.

—¡Pintura, digo yo á eso!—replicó el veterano con mucho retintín; —aunque bien desaminao el ite de ese particular, ¿qué tenéis ya que recibir de naide? ¿Qué vus falta? Vusotros el relós de plata; vusotros la bota fina; vusotros el camisolín de plegues; vusotros la cachucha de resolis. Pus ya, retiña, por poco más echarvos el bastón y la casaca, y dirvos al Suizo con los señores del Muelle á tomar chacolote con esponjao y leer los boletines de Arriba.... ¡Retiña con la piojera de tres gavias!

Dijo, miró con ira á los zumbones que le rodeaban, y rompió el cerco, bamboleándose al andar como buque de mucho porte que toma la barra seguro de llegar al puerto.

JOSÉ DE PEREDA

(Se concluirá)

EL TITÁN

Oculto entre las olas del hondo mar bullente,
Del caudaloso río, de la sonora fuente,

Del prisionero lago sobre el cristal azul,
Un invisible genio sus formas escondía,
Y sueño de cien siglos su espíritu dormía,

Del agua trasparente bajo el rizado tul.
Un hombre, á los conjuros de la potente llama,
Hervir hace las ondas, el líquido se inflama,

Que aprisionado gime con loca ebullición,
Y el genio que dormía despiértase pujante,
Sacude con esfuerzo sus alas de gigante,

Humilde á la imperiosa genial evocación.
No era la ni fa leve, ni la flotante ondina,
Ni náyade del río rasgando la neblina,

Ni la voraz sirena del proceloso mar.
Era el Titán oculto del líquido palacio,
Que al despertar del sueño voló por el espacio,
Dejando leve estela de nubes al flotar.

Era el Vapor, fantasma de blanca vestidura,
Que indómito, rugiente, rompió la ligadura,
Mostrando la pujanza de su cansable hervor;

Era el secreto agente cuyo poder fecundo
Venía á hacer al hombre dominador del mundo,
Y de las fuerzas todas despótico señor.

En la prisión angosta de circular caldera
Ruge el vapor sintiendo de la voráz hoguera

La llama que sus ondas le obliga á dilatar;
La válvula, cerrando su llave, le detiene,
Y el hierro, que oprimidos sus átomos contiene,

Vacila cual si fuesen sus muros á estallar.
Herido por la mano del fuego que le azota,
Retuércese, sus fuerzas desesperado agota,

Y logra al fin los muros de su prisión romper;
Mas al romper su cárcel para buscar el viento,
Engendra inagotable raudal de movimiento

Con el atroz empuje de su brutal poder.
La gran naturaleza se humilla ante su planta,
Sométese la tierra mirando cuál levanta

Las moles que sujetas á su atracción están.
El rompe de la inercia los opresores lazos,
Las fuerzas subyugadas se rinden á sus brazos,

Y sólo de los hombres esclavo es el Titán.
Miradle cuál impele la audaz locomotora,
Que el tiempo y el espácio frenética devora,

Con fuego en las entrañas, con alas en los pies;
Que corre desbocada, que vuela, baja, sube,
Lanzando con su aliento festón de blanca nube,

Penacho que en el cielo se perderá después.
Cruza los anchos ríos, las cumbres de la sierra,
Las fértiles llanuras donde la curva tierra

No estorba de sus pasos el ímpetu veloz.
De látigo le sirve la abrasadora lumbre,
Arrastra de las moles la enorme pesadumbre,

Y el horizonte llena con su potente voz.
Los pueblos y naciones á atravesar se lanza,
Y al tiempo fugitivo con su carrera alcanza;

No hay vuelo que supere su loca rapidez;
Enlaza en los carriles los pueblos más lejanos,
Abate en las fronteras, los hombres hace hermanos,
Y achica del planeta la vasta redondez.

Ved al gigante encima del líquido elemento
 Romper las verdes olas, desafiar al viento,
 Burlarse de las iras del rápido huracán,
 Y dentro de la nave, bajo el timón profundo,
 Trazando el derrotero para cruzar el mundo,
 Las hélices moviendo del férreo leviatán.
 Subido en la columna de la alta chimenea,
 La fábrica domina, su pabellón ondea,
 Ligeramente pregonando su triunfo y su poder.
 Su colosal martillo sobre el herido yunque,
 No hay maza que no aplaste, ni mole que no trunque,
 Ni resistencia inerte que no logre vencer.
 De las dentadas ruedas moviendo el engranaje,
 Les presta su pujanza, su férvido coraje,
 Y es del taller el alma y el genio protector;
 Gigante que al enano le viene a dar su ayuda,
 Redobla sus alientos é infatigable suda
 Para evitar que el hombre derrame su sudor.
 Él teje de las telas mágicas urdimbres,
 Retuerce los metales como ligeros mimbres,
 Sierra el robusto tronco de árbol colosal;
 Del fondo de las minas hace surgir el oro,
 Las barras, en la ceca, convierte en un tesoro,
 Simbólicos troqueles grabando en el metal.
 Mueve el cilindro sabio de la divina prensa
 Que esparce la palabra de cuanto el hombre piensa,
 De la Zelandria fría al ártico Spizberg;
 Y allí, sobre los moldes que el verbo santifica,
 Y entre el vapor que rauda sus copias multiplica,
 Se abrazan los espíritus de Watt y Gutenberg.
 Mortales, que mil templos magníficos alzasteis,
 Y allí divinizadas cual genios adorasteis
 A las ocultas fuerzas que vida al orbe dan;
 Vosotros, que forjasteis los ídolos deformes,
 Y al Dios-Naturaleza, con símbolos informes,
 Disteis el vano culto del invisible Pan;
 Que á Ceres, ó la Tierra, pusísteis en altares;
 Que hicisteis á Neptuno monarca de los mares;
 A Eolo, de los vientos omnipotente rey;
 Que al fuego consagrasteis el culto de Vulcano,
 Que á Júpiter hicisteis el numen soberano
 De los olimpos cielos y de la humana grey:
 Alzad un templo de oro á la vital potencia
 Del genio que del agua la cristalina esencia
 Convierte en fuerzas vivas el beso del calor;
 Por él llegarán días en que la especie humana,
 Sin doblegar su cuerpo, del mundo soberana,
 Trabaje sin la frente bañada en el sudor.
 Por él el buey tardío sacudirá su yugo,
 Y el hombre ya, dejando de ser atroz verdugo,
 No rasgará sus carnes con aguijón cruel,
 Ni el látigo punzante, que infama cuando azota,
 Será el motor acerbo con que el vigor se agota,
 Y el poderoso aliento del rápido corcel.
 Él solo devorando los tiempos y distancias
 Disparará en su vuelo las torpes ignorancias,
 Llevando la riqueza, la ciencia y la virtud;
 Por él sobre los mundos habrá una patria sola,
 Pues de la paz bendita los lábaros tremola,
 Y del trabajo mata la dura esclavitud.
 Titán, que con tus alas el universo llenas,
 Y más que Prometeo tú mismo te encadenas

Para que el hombre alcance gloriosa redención;
 Bendita tu pujanza, que alivio le procura,
 Y hace más leve el yugo de la sentencia dura
 Que doblegó su frente como una maldición.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

AU BONHEUR DES DAMES

¡Gran batalla hemos ganado! Emilio Zola se ha rendido á las piadosísimas admiraciones de sus leales adversarios, y ha escrito una que pudiéramos llamar «novela de magia.» Si algún artífice de la escena (porque llamar artistas á los de cierta laya, sería usar palabras mayores), se resuelve á componer ahora otro dramón, como los que Busnach compuso con *L'Asommoir* y *Nana*, fuerza será que los protagonistas de la obra, el emprendedor Moruet y la inocentísima Dionisia, salgan al fin del último acto en plena apoteosis. Ni se podrá prescindir de las tradicionales luces de bengala.... Y mientras toque la orquesta dulcísimo y suave *tremolo*, ángeles y serafines bajarán desde las bambalinas, echando flores á espuestas sobre los felices desposados. Las doncellas sensibles experimentarán placido contentamiento, y los vecinos honrados sentirán aquella tranquila y serena emoción que tanto pondera D. Manuel Cañete.... Porque es de advertir que la última novela de Zola, ese idilio del mostrador, es como una especie de refundición de *Todo lo puede el amor* ó *La pata de cabra*. El gran naturalista se convierte á la candorosa escuela de Ferrault. Las páginas de su libro novísimo huelen á espliego, como las sábanas caseras. De hoy más, los fieles naturalistas deben abandonar la senda que les señalaron los maestros, y seguir las huellas de Mad. Cottin y de doña Pilar Sinués, las cuales huellas (rindamos culto al madrigal) deben ser harto difíciles de seguir por lo menudo de los pies que las dejaron. ¡Gloria, en conclusión, al autor de *Au bonheur des dames*, por su ejemplar metamorfosis! ¡Gloria al tierno y dulcebundo Teócrito de los horteras!

He ahí (decíame para mis adentros en el punto y hora de acabar la lectura del susodicho libro), he ahí lo que, sobre poco más ó menos, van á repetir hasta el hastío cuantos de uno y otro lado del Pirineo, gustan decir á las gentes que les carga Zola. ¿A que la toman por ahí? pensaba. ¡Oh falaz optimismo! Ni siquiera por tal manera ha intentado la crítica de mala fe hincar el diente en *Au bonheur des dames*. Eos diarios de París, tan dados en ocasiones iguales á llenar columnas y más columnas, con toda suerte de comentarios y escolios á la obra del día, han enmudecido ahora; porque sin duda es más cómodo y fructífero entrar en la vasta conspiración del silencio, que en cualquier otro género de conjuración literaria. Ni crítica de intención recta, cuando de espíritu erróneo; ni ataques rudos y desenfrenados; ni agudas y brillantes paradojas; ni siquiera frívolas chanzonetas ó vulgares *nouvelles á la main*, las sempiternas *nouvelles á la main*, que, según expresión del mismo Zola, se hicieron también en Jerusalem contra Cristo. Nada; Pierre Véron ha dejado en paz por esta vez á lo que él llama el *nanaturalismo*: Aureliano Scholl se ha olvidado de repetir la famosa ocurrencia....

—¿Qué hace Fulano en aquel rincón? ¿Está infringiendo las ordenanzas de policía urbana?

—No, hace una cosa más seria: brindar por Zola.

La prensa parisién (ó parisina, como quieren que se diga algunos cultiparlantes) ha consagrado en estos días sendos juicios á *La Faisance*, de Cherville, y á *Criquette*, de Halévy, lo cual no impide que sean dos deliciosos libros. Pero en cuanto al de Zola, nada, absolutamente nada: silencio harto profundo para no ser también harto afectado.

¿Qué ley, justicia ó razón, puede determinar este hecho? Sería curioso averiguarlo, y á más de curioso fácil; pero mi propósito no es este. Deseaba tan sólo dejar consignado el caso ocurrido en París par-consignar á la vez el que acontece entre nosotros.... Y es que mientras el ciego de allá se calla tan buenas cosas, el de aquí se entera de cuanto le es posible, y consagra su atención á lo que aparentan desdenar nuestros vecinos. ¿Quiere esto decir, que la crítica madrileña sea dechado de perspicacia, comparada con la que se ejerce en las revistas y en los grandes periódicos de París? No; pero significa, por lo menos, que aquí es mayor la imparcialidad, y comprueba, en definitiva, aquella hermosa observación de Teófilo Gautier en el prólogo que puso á las obras de Balzac. Los grandes monumentos parecen mejor vistos á distancia. Ciertas obras del ingenio humano se asemejan á las

viejas catedrales góticas, que ponen como de relieve al que las ve de cerca todas sus desigualdades, todos sus defectos, ora lo carcomido de las piedras, ora lo enmohecido de las esculturas, aquí el ventanal desgarnecido y allá el remiendo ó el revoque hecho por manos bárbaras, ostentándose en cambio, al que las mira de lejos, airosísimas y arrogantes y anegando (por decirlo así) en la hermosura del conjunto cuanto hay de feo, y de delicado también, en sus detalles.....

Cualquiera creará, tras de tan prolijo exordio, que voy á decir maravillas de la última novela de Zola, y que las irónicas palabras con que empieza este artículo (escrito no más que en tono de *causerie*, ó de charla), como las observaciones que vienen á renglón seguido, sirven tan sólo para preparar un descomunal elogio de *Au bonheur des dames* y un feroz varapalo á los que de esta novela digan mal. Ni lo uno ni lo otro. Trátase pura y simplemente de una especie de desahogo de mi corazón, que dijo Espronceda. y de apuntar *a priori* lo que del libro en cuestión pudieran haber opuesto los detractores «porque sí» de Zola, si se hubiesen tomado el trabajo de opinar. Trátase tan sólo de hacer constar que antes de ahora pegaban al famoso novelista. Hoy callan..... Luego escuchan. Porque no es de suponer que se hayan metido á sordo-mudos. Cuanto á elogiar incondicionalmente todo lo que venga de tal origen, quédese esto para sectarios apasionados y entusiastas por instinto. Consignadas estas leves indicaciones, *procedamus in pace*, según la frase litúrgica.

Cuando hace un año manifestaba yo en *El Liberal* mis impresiones (no diré mi juicio) acerca de *Pot-Bouille*, escribía así:

«Hasta ahora, Zola encontraba en el curso de sus observaciones las miserias sociales ó las flaquezas humanas, así las que corrompen el espíritu como las que pudren la carne, y en vez de hacerles ascos, las pintaba tal como se ofrecían á su vista. En *Pot-Bouille* no las encuentra; las busca..... Las busca, y como que se complace en elegir lo más triste, lo más repugnante, lo más sucio.»

No puede decirse lo mismo del nuevo volumen. Zola vuelve al sincero estudio de las cosas y á su libre interpretación artística, pero dando, deliberadamente quizás, en extremos opuestos. Acaso muestra empeños diametralmente contrarios á los que mostraba en *Pot-Bouille*, y acaso desagrade á cierta clase de lectores, apartando de su vista la «marca de fábrica» que rara vez dejaba de poner Teniers en sus *hermeses* y escenas populares. *Au bonheur des dames* no es para aquellos que hojean á Rabelais por apacentar sus gustos groseros con ciertas palabrotas; que toman al gran Quevedo en sus profanas manos, al reclamo de las obscenidades, y que en la misma Biblia buscan incentivos á la insana y torpe curiosidad. Y he aquí, al observar esta púdica evolución del novelista experimental, cuán á ciencia cierta se podía asegurar (como aseguré en efecto) que no se abandonaba inconscientemente á ciertos extremos, en virtud de lo que pudiéramos llamar la velocidad adquirida..... El que es gran artista (y perdone Wagner) se detiene cuando quiere. También Courbet el pintor supo pararse.

Zola es un naturalista que suele dar, y á veces de lleno, en el simbolismo. Los tres ó cuatro tomos más modernos de *Les Rougon Macquart* lo demuestran palpablemente, siendo de notar que cada vez acentúa más esta tendencia suya. Dejando íntegra la cuestión á quien tenga título para tocarla, de si estas inclinaciones de Zola marcan un progreso artístico ó perturban su genialidad, conviene decir que *Au bonheur des dames* es un símbolo más, y tan símbolo, que no hay un solo personaje en la novela (de los principales, se entiende) inútil para el caso. La lucha entre el gran comercio y el pequeño, la lid entre el bazar absorbente, avasallador, monstruoso, y la tienda modesta y humilde, raquítica y mezquina ya á nuestros ojos; la victoria del pez grande sobre el chico, paráfrasis vulgar de la *struggle for life*; la fuerza incontestable que dan la tenacidad y la honradez, cuando aciertan á interpretar las exigencias de la vida material en estos tiempos; el camino de perdición que lleva todo el que se empeña en permanecer apegado á la rutina, el espíritu de resistencia que lo viejo opone á lo nuevo; las ambicioncillas de mostrador y las grandes codicias del negocio; la contienda entre la energía individual y el colectivismo moderno; el culto que al Exito se rinde hoy en todas las esferas sociales; el delirio de la mujer por el guiñapo..... Estas y otras muchas cosas que forman juntas uno de los aspectos más curiosos é interesantes de la vida actual, aparecen, no ya descritos, pero *personificados* en el libro de Zola, y representando una acción de todo en todo simbólica.

Las figuras se mueven siempre en el fondo que les conviene y corresponde. Y el fondo aparece tan cuidado, tan prolijamente descrito,

tan lleno de vida y de color, que á veces se anegan en él los personajes, y los que entre estos conservan su fisonomía sin palidez ni desmayo, débennlo quizás al procedimiento mismo. No de otro modo logran muchos pintores este efecto. Sabido es cuánto sobresale Zola en el género descriptivo. *Au bonheur des dames* contiene en este punto verdaderos primores. El capítulo consagrado á describir la gran exposición de artículos «en blanco», está escrito con suprema habilidad, é iguala al de los quesos del *Ventre de París*. De él sí que hubiera dicho Teófilo Gautier que era una gran sinfonía en blanco mayor. Pero estas descripciones (cuya prolija labor complace tanto á Zola que le pone ya en los límites del abuso) padecen de un grave inconveniente, y es que á la larga llegan á perturbar aquella armónica unidad que deba reinar como dueña y señora en las obras de arte. No se sabe á la postre á que da más importancia el autor: si á las cosas ó á las personas, si á la decoración ó á las figuras, si al medio ó al individuo..... La acción, entorpecida por este dualismo de elementos, se desarrolla perezosamente y pierde harto interés. El episodio tierno, delicado, poético y sencillo (como el de aquella pobre niña enamorada que en el libro de que hablo muere de anemia y consunción) resulta aplastado y desvanecido por la pomposa descripción de un escaparate ó el pintoresco relato del vaivén de una muchedumbre. El drama (si le hay) queda reducido á los segundos términos, y el lector tarda en percibir la deleitable impresión artística ó el fecundo jugo de la enseñanza, según se proponga instruir ó recrear el novelista. ¿Se acuerda esto con lo que debe ser la novela experimental, tal como la entiende el que quisiera ser el Claudio Bernard de la literatura?

Repito lo que he dicho respecto del simbolismo de Zola: esta no es cuestión que pueda tratarse á vuela-pluma. Pide autoridad, tiempo y espacio. Con todo, no puedo dispensarme de recordar otras novelas de asunto análogo al de *Au bonheur des dames*; y las recuerdo, porque encuentro en ellas perfectamente equilibrados estos elementos que en la última novela de Zola andan un si es no es trastornados..... Refiérome, dejando de intento sin citar á Dickens, al *César Birotteau*, de Balzac, y al *Debe y Haber*, de Gustavo Freitag. ¿Hay autores que den más importancia al medio? ¿Los hay que acierten á dar más vida y verdad á sus personajes, ni desarrollo más perfecto al asunto, ni más hondo interés al drama? Páginas tiene la última novela de Zola que pueden compararse con los mejores de dichos libros. El conjunto es quizá más pintoresco, más simpático, más azucarado..... Porque hay que advertir (y ahora vuelvo á las palabras con que empecé estos párrafos) que después de leer la insigne escritora doña Emilia Pardo Bazán el volumen de que trato, no insistirá en presentarnos á Zola como hosco é intratable pesimista. ¡Medrado está el que en esas páginas busque huellas del influjo de Hartmann!..... Allí, como diría el personaje de Voltaire, *tout va pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles*. Casi, casi, sería cosa de hablar (si no se tuviesen en cuenta altas y visibles calidades), como he supuesto más arriba que hablarían los enemigos irreconciliables del gran batallador del naturalismo..... ¡Zola puliéndose como un hortera en domingo!

Pero no hay cuidado, que todo se andará, pueden contestarme, así los que saben cuán variados son los aspectos del talento de Zola como los que solamente gustan de hallar en él desnudeces y crudezas, lecciones duras y enseñanzas amargas. ¿Quién sabe la catástrofe que se cierne á estas horas sobre Octavio Mouret, el comerciante audaz y afortunado, y sobre su adorada Dionisia, ejemplo encantador de que la inocencia es en ocasiones más poderosa que la coquetería refinada?

De todas suertes, con el nuevo volumen de *Les Rougon Macquart* ha probado Zola, ó mejor dicho, ha acabado de probar varias cosas de que ya estábamos persuadidos los que le leemos sincera y desapasionadamente: esto es, que cuando peca, peca á sabiendas; que cuando mancha con ciertos defectos páginas llenas de luz y de verdad, obedece á un lamentable *parti-pris*; que cuando quiere, sabe refrenarse y no dejarse arrastrar por la velocidad adquirida; y en suma, que cuando es adrede pulcro, suave y optimista, no me satisface tanto como al verle entregado de lleno á la observación seria, profunda, y á veces despiadada.....

Aquí hay una contradicción. No lo niego. La hay en Zola y la hay también en todo lo humano. Cuando ciertos artistas pecan, es cuando son más hombres. Quizás el temperamento de Zola es el del pecado artístico.

MARIANO DE CAVIA

POESÍAS DE MAURICIO ROLLINAT (1)

LOS ESTREMECIMIENTOS

Desde la tórtola al sapo,
Desde el bucle á la bandera,
Sobre la piel y la onda
Estremecimientos ruedan.
Unos breves y furtivos
Como caricias ligeras;
Otros pesados y fuertes
Dejando en las carnes huellas.

El viento en la clara tarde,
Como en la brumosa, engendra
Acres estremecimientos
Que saltan, corren y vuelan
Desde el fondo de los mares
Al extremo de las velas.

Tierra, cielos, hombres, niños,
En el mundo todo tiembla;
Hasta las pálidas vírgenes
Cuyos ojos son estrellas.

Tales estremecimientos
Hacen mas dulces y tiernas
Las candidas confesiones
De los amantes que tiemblan.

Entre los trigos se esparcen,
Entre las runas ondean,
Van tormentosos y alegres
Desde el arroyo á la selva,
Y hermanos son del reflejo,
Del murmullo y la maleza.

En la bella en quien ciframos
Tanto amor, tantas sospechas,
Su espíritu se estremece
Como su traje de seda.
¡Cuántos quisieran asir
La palpitación ligera!
Pero apenas aparece,
Cuando rápida se aleja.

Hay un estremecimiento
Todo bondad y pureza;
Es el de la abnegación,
Hermosa virtud suprema.
El nace de la esperanza,
Del deber y la conciencia.
Hay otro estremecimiento;
El del miedo, horrible y negra
Palpitación de la mente
Convulsa y calenturienta.

El miedo que en los caminos
Fantasmas y espectros crea,
Que con invisibles manos
Reviste la encina escueta
De un sudario pavoroso
Que la humana sangre hiela
Y por nuestro rostro extiende
La palidez de la cera.

¡Ah! ¿Por qué á veces la angustia
De pronto tu cuello aprieta?
¿Y qué problema insoluble
A tus ojos se presenta,
Viejo ateo, encanecido
Bajo el árbol de la ciencia?
— ¡Es el estremecimiento
Del Infinito, la eterna
Flecha aguda y ponzoñosa
Que el corazón me atraviesa. »

El estridente y sublime
Edgar Poe que flamea
Como el acero, prodiga
En sus tétricos poemas
Vagos estremecimientos
Que nos agitan y aterroran.
Delacroix da á sus pinturas
El temblor de la floresta
Y las notas de Chopin
Vibrantes y aladas tiemblan.

Los anémicos, los tísicos
De faz trasparente y muerta,
Autómatas cadavéricos
De voz apagada y seca,
Aterrados y sombríos
Con ansia esperan la vuelta
Del frío estremecimiento
Que los reanima ó enerva.

En las tristes buhardillas
Furiago azota sin tregua
Los descoloridos miembros
De la lúgubre miseria.
La miseria que en las noches
De invierno glacial no encuentra
Lecho ni lumbre y se envuelve
En verde-chal de estameña
Cuyos girones se enroscan
Al cuerpo que se doblaba,
Como una serpiente al árbol
Que la tempestad flagela.

Dulces estremecimientos
De vida y adolescencia,
De auroras y libertad,
De salud y de belleza;
Después estremecimientos
Del mal que nos envenena,
De la duda que desgarras,
De la manchada conciencia;
Y estremecimiento último
De la muerte, la cual llega
Triste y callada y destruye
La miserable existencia.

* *

LA VISITA DE LAS SOMBRAS

¡Oh manos de ámbar rosa y blanca pluma
Que encerráis tantos sueños como el labio
Húmedo y la pupila azul y bella!
¡Oh cinceladas y redondas manos
Ricas de hoyuelos, que servís de pinzas
Para rasgar mi pecho y abrasarlo!
¡Oh breves pies alados como el céfiro,
Que ligeros dejáis tras nuestro paso
El estremecimiento de la gracia
Y del amor el fulgido relámpago!
¡Oh negra liga de argentado broche,
Diadema impura de esculpido mármol!
¡Oh pierna soberana que recibes
De la pasión los lúbricos abrazos!
¡Oh senos, frutos blancos y sabrosos!
¡Cabellos ondulantes y dorados
Que tanto destrencé! ¡Desnuda espalda,
Gran poema de curvas y de espasmos!
¡Turgente muslo, en donde mis caricias
Como sierpes de fuego se enroscaron!...
De nuevo os miro, voluptuosas sombras,
Surgir de los abismos del pasado
Entre las nacaradas muselinas
Que brumas fingen de contornos vagos;
Flotar os siento alegres y habladoras,
Cargadas de perfumes y de encantos!

* *

LOS REFLEJOS

Mi atónita pupila en su memoria
Conserva el vivo resplandor de plata
De la luna y el raso; los reflejos
De la mar trasparente y azulada,
Y el fulgor de los cirios que iluminan
De los muertos la faz lúgubre y pálida.
Sí, para mi pupila en que se mezclan
Nocturna sombra y esplendor del alba,
Tienen tanta molición los reflejos
En su cadencia misteriosa y lánguida,
Que después que en la sombra se confunden,
Conserva sus recuerdos la mirada.
Esa fascinación es dulce y triste
Como el anhelo de una dicha vaga;
Temblor del lago, resplandor del cielo,
Suspiros de la luz, claridad sacra
Con su perfume místico me envuelven,
Filtrándose sutiles en mi alma
Y en mi cerebro loco donde el sueño
A la alucinación siempre se hermana.
Yo amo esos besos que la luz desprende,
Reféjelos la onda ó la esmeralda!

* *

LAS CAMPANAS

Las campanas de los templos
Cállanse los Jueves Santos,
Y hacia Roma se encaminan
Como un enjambre fantástico.

Cuando lúgubres y tristes
Piadosamente han cantado,
Las campanas de los templos
Cállanse los Jueves Santos.

Y en sus metálicos trajes,
Las miradas esquivando,
Como procesión de monjes
Taciturnos y enlutados,
De sus cárceles de piedra
Se alejan los Jueves Santos.

* *

LAS BANDERAS

Las lucientes cabelleras
De las amantes queridas
Son lujuriosas banderas
Desplegándose guereras
Sobre las carnes vencidas.

¡Ni redecillas ligeras!
¡Ni diademas de brillantes!
Las lucientes cabelleras
De las jóvenes amantes
Son lujuriosas banderas.

(1) Cumpliendo nuestro propósito de dar á conocer á los lectores de LA DIANA las novedades literarias extranjeras, publicamos varias composiciones de Rollinat, que son hoy en Francia objeto de apasionados ataques y exageradas defensas.

Y cuando chocan crujientes
Las secas bocas ardientes,
Se tuercen estremecidas
Las cabelleras lucientes
De las amantes queridas.

* *

A UNA MISTERIOSA

Yo amo tus largos cabellos
Y tus delicadas manos;
Tus piecitos de niña
Y tus ojos siempre lánguidos;
Tu boca de terciopelo
Y tus dientes nacarados.

Yo adoro tu corazón
Donde los ensueños diáfanos
Sus notas al aire lanzan
Como los alegres pájaros;
Y tu espíritu elocuente,
Y tu vestido de raso,
Y tus brillantes miradas
Llenas de dulces éncantos,
Y tu mística pupila
De reflejos azules.

Pero en tí no sabré nunca,
Aunque intento descifrarlo,
Si es la mujer ó es el ángel
Lo que yo más idolatro.

* *

LA PALABRA

Con el torpe antifaz de la mentira
La palabra prosigue su camino;
Se arrastra, vuela, se retuerce y gira
Tendiendo en torno su vapor dañino.

Crispase cual la mano de la ira;
Se aleja como rauda torbellino.
Con el torpe antifaz de la mentira
La palabra prosigue su camino.

En el fondo del alma ella respira;
Y el corazón de gasa ó pergamino
Su veneno letal ansioso aspira.
Con el torpe antifaz de la mentira
La palabra prosigue su camino.

* *

LA MUERTE

La matrona que mira sin ojos
Y ríe sin labios
Es la triste y fantástica dama
Vestida de blanco.
La que pechos valientes y tímidos
Esperan temblando;
La que arrastra los cuerpos robustos
Y los delicados,
Es la triste y fantástica dama
Vestida de blanco.
¡Ah! por más que valor y entereza
A veces linjamos,
En las noches de fiebre y de orgía
Vemos con espanto
Un fantasma siniestro. Es la dama
Vestida de blanco.

* *

LA CORZA

La corza llora y se queja
A los rayos de la luna:
Su débil hijo querido
Perdióse en la noche oscura.
Para contar á los árboles
Su desgracia y sus angustias,
La corza llora y se queja
A los rayos de la luna.
Ante su horrible dolor
Sigue la enramada muda;
Y alzando el cuello á los cielos,
Loca de amor y de furia,
La corza llora y se queja
A los rayos de la luna.

* *

EL HÁBITO

Nuestra libertad corroe
La gota de agua del hábito,
Nuestra libertad destruye
Y enmohece nuestro ánimo.
Ella infiltra una quietud
Llena de torpe marasmo:
Nuestra libertad corroe
La gota de agua del hábito.
¿Quién fertiliza el estudio,
La ociosidad alejando?
¿Quién duerme la adversidad?
La gota de agua del hábito.

* *

EL OJO FATAL

Fatal ojo me persigue:
Un ojo en que vibra el odio;
Ojo de guillotinado,
Fijo, terrible y vidrioso.
Adonde quiera que voy
Me persigue fiero y hosco,
Sin dar tregua á mis angustias
Fatal ojo!

Su amarillenta mirada
Me inspecciona de tal modo,
Que hasta en la callada noche
Viene á turbar mi reposo.
Y domador de quien soy
Dócil bruto, con encono
Me hiere y abate en las sombras
Fatal ojo!

* *

LA LINTERNA

Entre las zarzas que el viento
Estremece, y la caverna,
Un cura con paso lento
Lleva el Santo Sacramento
Al que muere en la taberna.
Su pie vacila un momento
Ante una horrible cisterna.
Entre las zarzas que el viento
Estremece, y la caverna,
Va el cura con paso lento.
De pronto del firmamento
Baja un astro amarillento,
Y hace veces de linterna
Entre las zarzas que el viento
Estremece, y la caverna.

* *

CANTO DEL CREPÚSCULO

En las yerbas ondulantes
Tiende sus alas de gasa
El blando céfiro y ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
Triscan las lascivas cabras;
Y un dulce cántico ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
La langosta ya no salta;
Y el sol durmiéndose ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
Grave el crepúsculo avanza;
Un sordo murmullo ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
El sapo lento se arrastra;
La ligera ardilla ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
El gran pantano descansa;
Y el oculto grillo ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
Siniestro el mochuelo grazna;
Corre el fuego fatuo y ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
Gesticulosos fantasmas
Se agitan.—El eco ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
Los magos buscan sus plantas;
La muerte burlona ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
Juegan alegres las auras;
Y la luciérnaga ríe
Bajo las hojas rizadas.

En las yerbas ondulantes
Fulgura la luna pálida
Y furtivamente ríe
Bajo las hojas rizadas.

ANIER Y DIANILLA

¡NOCHE DE REYES!

A mi excelente amigo y maestro

DON JOSE DE CASTRO Y SERRANO

¡Bien nevaba aquella noche! El camino de Lugareña habíase llenado de ese polvo blanco que hiela y mata, y cuando el doctor Prieto entró en el patio de su casa y se apeó del flaco caballudo, tres chorros de cristal pendían de los tres candiles de su monumental sombrero trípico. Llamó a Sancho, que dormía en la cuadra, y salió éste tiritando a recoger las bridas del jaco para conducirlo a la caballeriza. El doctor Prieto cruzó el dintel de su casa, y al abrir la puerta, una ola de ruidos mil llegó a su oído. Sonaban panderos, chirriaban rabeles, vibraban hierros, atronaban sartenes y cazos—esgrimida, tañida y aporreada toda esta variedad de instrumentos por las cien manos locas de la alegría.—En el hogar un mediano monte de leña se quemaba, asociándose al rebullicio de muchados y criadas, con algunos disparos secos y chisporroteo jubiloso, parecido al cascar de muchas docenas de nueces. Llama viva y movable surgía de entre el blanco humo con que la paja que arropaba el fuego se iba tostando, y á veces una gran lengua de oro subía hasta las altas trébedes de hierro, como queriendo lamer las golosinas que condimentaba la cocinera más sabia del lugar, la tía Sátrapa, en desaforada caldereta de dorado cobre. Esta buena mujer, sentada sobre sus talones, *more turquesco*, sacaba y metía sus manos ágiles en la sabrosa miel que en un tarro cerca se columbraba, y empapando las pastillas de harina en un aceite aromado con romero y jerez, zambullíalas luego en la fritanga, centro de la cual echaban mil maldiciones, crujendo y quejándose como condenadas. Periquín, el hijo menor del doctor Prieto, ayudaba con sus dos manos morenas y chicas cual golondrinas á la tía Sátrapa, y ésta suspendía de cuando en cuando la operación de zambullir la pasta en el óleo para tomar al niño la cara delgada y pálida, exclamando con maternal efusión: —¡Ay qué alhaja! ¡Si viviera tu madre, se iba á comer á besos á este cocinero celestial!

Bastían, el hijo mediano de Prieto, que ya frisaba en los ocho años, golpeaba un cuero de oveja puesto en un aro de cuba, con una vara verde, sacándole sonos endiablados y bullanga infernal. Dos mozas carillenas, apachugadas, de no mala estampa, pareja de Venus sin descortezar, acompañaban el sonar del improvisado tambor abollando á puros martillazos un par de embudos de bodega, negros por dentro del trato diario con heces y corambres. Una sola persona hallábase callada, quieta, pensativa.... triste. Engracia, la hija del doctor Prieto, el amita de la casa, la que había heredado de su madre—que Dios haya—el manojito de llaves, la aguja incansable y el alma delicada y sensible como un pajarito. Esta tal Engracia quiero yo que la conozcáis, porque ha de gustaros. Eran sus ojos negros y terciopelados, pero sin esos resplandores fulmíneos de noche tempestuosa, que más espantan que alegran y deleitan, sino mansos, apacibles y llenos de dulcísima calma. Sus pestañas sombrías semejaban hilos de seda por lo negras, largas y brillantes; sus cejas finas dibujaban un breve arco sobre la leve prominencia de una frente modesta, pequeña, que no tenía nada de la frente de Minerva, y que dando carácter al rostro de Engracia Prieto, parecía escribir sobre él estas dos palabras: «Belleza humilde.» Traía el pelo recogido en un manojito de bucles naturales y trenzas atadas reciamente con una cinta de terciopelo; nada de afeite ni artificio; ningún adobo en las morenas mejillas; ningún tinte en los labios, que parecían una parlante amapola. El talle esbelto amenazaba quebrarse al andar, como una espiga de trigo azaz cargada del rubio grano; los brazos largos y tornátiles uníanse en un lazo, por hábito natural, formando un marco al seno, poco desarrollado todavía. Pensad en que sólo contaba Engracia quince años, y no la busquéis comparación con Venus, Diana ó las otras deidades hermosas. Pero si os aprieta mucho el deseo de saber á quién se parecía Engracia, acordaos de esas vírgenes que en los tríplices del siglo xiii pintó la musa mística de los iluminados.

—¿Qué escándalo es éste?—preguntó el doctor entrando serio á par que festivo?

—Déjelos Vd., señor amo—repuso la tía Sátrapa.—Es noche de Reyes.

—Señor padre—preguntó el chiquitín levantándose de su asiento para colgarse á una pierna del médico—¿ha encontrado Vd. á los Reyes en el camino de Nidonegro?

—¡Pues ya lo creo!—contestó el buen doctor.—Íban allá lejos, lejos, lejos.... con sus tres caballitos árabes y sus tres camellos muy cansados.... Verás como llegan todos cubiertos de nieve, con las barbas llenas de hilo de hielo, como yo.

—Y la estrella del rabo, ¿ha salido?—preguntó también el curiosillo.

—¡Bah! Hombre, eso no se pregunta. ¿Qué hacer sino salir?—repuso el médico.—Yo la he visto bien clara, que trepa por el cielo como una culebra de oro, dejando atrás chispas, llamas y pedacitos de luminosa materia.

Es que va encendiendo pajuelas—dijo Bastían, que ya se andaba en letras mayores y la echaba de sabio.

El doctor Prieto se sentó cerca del fuego porque venía cansado y aterido. Estiró las manos ante la llama y las cerró y abrió cuidadosamente, acariciándose una con otra como si temiera quebrárselas ó fuesen manos prestadas que había de volver en toda su integridad al verdadero dueño. Después se mesó la barba y miró á Engracia.

—¿Qué tienes, chiquilla?—le dijo.

—Nada, padre....

—Algo tienes.... Estás triste.

—Es.... que me acuerdo de madre; es.... yo no sé lo que es, pero me siento con tanta pena!....

Y era verdad. No había sino ver aquellos dulces ojos para comprender que estaban rebosando lágrimas.

—¡Lo mismo era su madre!—Se apresuró á decir la tía Sátrapa mientras expolvoreaba la molida y bien oliente canela sobre el caldero de la fritanga.—¡Más parecidas! ¡Son como dos gotas de agua!

—Tía Sátrapa—gritó á este punto Periquín, para quien nada pasaba desapercibido—cuéntenos Vd. el cuento de las dos gotas de agua.

—Anda, tonto, que ya te le debes saber de memoria.... Entretente en lamer ese cucharón, y calla....

—Lameré, pero cuente Vd.

—Eso es, huevo y torrezno.... miel y cuentecico.

—¡Y si no.... lloro!—dijo el tiranuelo del muchacho, que amenazaba con su llanto como un monarca con su real desagrado.

Entre tanto habíase dividido en dos grupos la gente señorial y villana de la cocina. El médico y Engracia hablaban bajito en un lado, mientras las criadas, que al entrar su señor soltaron los embudos, siguieron la operación interrumpida de pelar el severo y lúgubre cadáver de un pavo de lustroso vestido y roja cresta. El tal cadáver, con el cuello medio cercenado por horrible tajo de la cuchilla de la tía Sátrapa, parecía pedir venganza con su pico entreabierto que goteaba sangre, y con sus ojos de vidrioso reflejo. Era un drama de corral, espantoso, el que allí se revelaba. La cocinera habíase con su caldereta y Periquín, el cual, después de hechos varios pucheros, diez momos de llanto y treinta gipidos, obtuvo lo que pedía.

—¡Vaya con el tontuelo—exclamó la tía Sátrapa.—Siempre ha de salirse con la suya. Oyelo bien, que es la décima vez que te lo cuento.

Volvióse á sentar el mozo en el suelo y cerró fuertemente los puños. Sus ojos movíanse como los de un gorrión que acecha el paso de un mosquito en el alero de un tejado, y su boca abierta esperaba las palabras de la narradora como si fuese á devorarlas.

—Ello era—comenzó la Sátrapa—un río muy hondo, muy hondo.... ¡qué!.... lo menos medía once mil leguas de hondura, ¡mucho más! Pues, señor, que en ese río había dos gotas, una lo mismo que la otra, y una de ellas dijo una vez al río: «Padre, yo quiero irme á ver tierras.» Y el río le contestó murmurando. A otro día la segunda gota quiso también irse á ver tierras, y el río la murmuró también.... Las gotas estaban tan tristes, que se metieron en lo más oscuro del río, donde no las veía ni el sol.... Pues señor, que una mañana viene una nube y se acerca al río y se pone á beber.

—¿Cómo beben las nubes?—preguntó el maldito curioso de Periquillo.

—Como los caballos.... alargando el cuello, metiendo los belfos en la corriente.... y entre tanto el viento las silba, como hace el mayoral con el ganado.... para que beban más.... Pues, señor, que las dos gotas se acercaron á la nube y le dijeron: «¡Bébanos Vd.!» La nube se las bebió, y luego levantó el vuelo y se fué ¡hala! ¡hala! ¡hala! por esos mundos del Señor. Una de las dos gotas era descastadísima, porque se alejaba de su padre, el río, sin sentimiento; pero la otra no pudo contener el dolor y se echó á llorar, con lo cual, convertida en lágrima, se cayó de la nube y fué á dar en un camino polvoroso, que se la sorbió, y nadie supo nada más de ella. La otra gota ingrata fué dentro de la nube muy á su sabor, y cuando la nube quería lloverse sobre un sembrado donde hacía falta para el pan, le decía á la oreja: «¡No se deje Vd. caer aquí. Vamos á otra tierra que sea más bonita!» Y como la nube era de esas de color de rosa, tonta como un alma de Dios, en todo la hacía caso.... Hasta que un día la gota de agua le dijo: «¿Quiere Vd. hacerme un favor?—Según lo que sea—contestó la nube tronando, que es su modo de hablar.—Muy sencillo: convertirme en perla, como ha hecho Vd. con todas esas otras gotas que antes ha enviado á la tierra.» La nube se echó á reír y dijo: «No seas boba. No las he convertido en perlas, sino en granizos, lo peor que puede ser una gota de agua, porque los granizos son los perdigones del cielo, y cuando queremos matar á los ganados, á los pájaros, á las mariposas, metemos un par de buenas almorzas de ellos en un trabuco hecho de dos nubes pequeñas, le cargamos con viento, le disparamos con un relámpago y no queda títere con cabeza en todo el mundo.» No se convenció la gota, y dijo: «Vd. me engaña. Yo quiero ser perla, yo quiero ser perla.» La nube le contestó: «Pues sólo,» y la envió á la tierra con más de cuatrocientos mil granizos.... Bajaba por los aires la gota pensando: «¡Ahora sí que me tendrán envidia todas las gotas! Ahora soy una perla y me llevarán las grandes señoras colgada de un hilo sobre el pecho. ¿Dónde me pondrán? ¿En la corona de una reina? No, que es poco. ¿En la de una emperatriz? No, que es poco todavía.» Así pensaba, cuando.... ¡paf!.... llega á la tierra y da.... contra un ojo del tío Juanuco el herrero.... La perla se convirtió en agua, y como venía con mucha violencia, el tío Juanuco se quedó tuerto.... Colorín.... colorado.»

Cuando acabó la relación, Periquillo estuvo un rato callado y atento, recapacitando sin duda en lo hondo de su cerebro toda trascendencia de la meteorológica novelilla; y ¡Dios sabe el espacio que habría pasado en tal postura si no se hubiese acordado de que tenía entre las manos el sabroso cazo lleno de un dorado almíbar, que escurría por los lados goteando verdaderas perlas de caramelo, las cuales quedábanse cristalizadas á la manera de estalactitas de confitería.

El estómago goloso fué, pues, quien le sacó de la meditación. ¡El estómago! ¡El mayor enemigo de la filosofía!

Dieron dos golpes á la puerta, y, abierta que fué, entró por ella Pablo Prieto, un mozalvete como de dieciocho años, sobrino del doctor é hijo de una prima de éste que en el mismo pueblo vivía. Era alto, recio, hermosote, colorado, de facciones rudas, pero bellas, de ojos dulcísimos y lánguidos, sin los cuales su figura hubiera degenerado en basta. La salud latía en aquellas venas y la honradez brillaba en aquellos ojos. Al entrar lo hizo muy torpemente. Tiró una silla y se apabulló el sombrero de fieltro contra la pared, sacando buena porción de cal en los codos de su casaca de estezado. Vestía pobremente, y en las prendas de su traje veíanse señas de haber servido á cuerpo más pequeño, pues los brazos, amorcillados dentro de las mangas, apenas podían usar, por la mucha tensión de la tela, del juego de las coyunturas, y las rodillas amenazaban estallar la manguada envoltura del calzón. Dígase si es fácil parecer gallardo con tal ridícula vestimenta. Pues con todo eso Pablo estaba guapo y agradable.

—Buenas noches, tío.... Buenas noches, Engracia.... Buenas noches todos—dijo con una voz débil, aflautada, casi femenina.

—¡Oh! D. Pablo, ven por acá y siéntate—repuso Prieto con alegría.

—¿Has trabajado mucho?

—No es cosa—dijo el mirando á Engracia, que se había puesto colorada.—Hemos pasado buen frío en la torre componiendo el reloj.

Pablo era aprendiz de relojero, y en la órbita de su ojo derecho podía observarse el círculo azul que la presión del anteojo había marcado.

—Mi madre quería venir, pero no puede.... ¡Canastolis! Está mala.

—Lo de siempre, su jaqueca.... su....—dijo Prieto.

—¡No, no! Ahora va á ser cosa de gravedad, según parece.

Y el muchacho se puso serio, mirando siempre el rostro de su prima, que estaba turbada, como se turba el cristal de un lago si en él cae un pájaro y aletea, queriendo salir á flote y librar su vida del ahogo.

—¿Qué es ello?—preguntó el médico.

—Debe Vd. ir á verla.... De cuidado, precisamente, no digo que.... pero.... en fin, ella quiere que Vd. vaya.

—¡Por Dios! que eso debía haber dicho desde luego—repuso con perentorio ademán Prieto, y se levantó del asiento.

Buscó su capota, embozóse en ella, tomó el farol y echóse á la calle, no sin haberse antes persignado cristianamente. Seguía nevando, y los remolinos de nieve que caían sobre los cristales del farol semejabán enjambres de abejas blancas buscando furiosas su colmena. La luz reflejábanse en la alba alfombra, virgen de paso humano, diseñando, con extrañas exageraciones, la silueta del doctor. Hasta la puerta le acompañó Pablo; y cuando se hubo perdido de vista tras la esquina próxima, volvió á la cocina. Allí vió una cosa rara. ¡Su prima lloraba á lágrima viva! ¡Y era un dolor tan grande el ver llorar á aquella muchacha! Hubiera querido ver Pablo en su lugar al más cruel de los hombres, seguro de que se habría conmovido al mirar deslizarse por entre los dedos de aquellas lindas manos, que ocultaban la cara de Engracia, las gotas de llanto que caían como un rosario de diamantes roto. ¿Por qué se sintió él tocado del mismo deseo de llorar? No lo supo; pero sí supo que le acongojaba de tal manera la pena de su prima, que el llanto acudía á sus ojos, y que á duras penas la echaba de valiente y decía:

—¿Por qué lloras, tonta?... ¿Por madre?... ¡Si no es cosa de cuidado!.... Si lo fuese, no saldría yo de casa.

Esto ocurría en un rincón de la cocina, mientras en el resto de ella se había reanudado la baraunda infantil. Nuevos brazados de sarmientos puestos sobre el hogar, retorciábanse como miembros vivos de un cuerpo humano y huían de las llamas girando alrededor de ellas. Un grueso botón de la seca parra estallaba como un petardo al quemarse, y luego de inflamado, soltando poco á poco su fibrosa corteza hecha ascua, parecía una rosa de oro abriéndose lentamente. En lo alto de la chimenea el viento sostenía su monólogo eterno, que era á veces zumbón, á veces triste, y en el cual podían oírse gritos y carcajadas, y hasta palabras humanas, que decían: «Yo soy el invierno, yo mato, yo asesino.... ¡Mueran las flores!» Y un baladro horrible seguía á tales voces. Luego soplaba mansamente y como que decía con quedo susurro: «Yo traeré también á la primavera. Yo traeré rosas, violetas, perfumes y pájaros. Cada grano de la tierra engendrará un grano de perfume. De las aguas del río saldrá la diosa Flora con la hermosa espalda abrumada de azucenas, pensamientos, magnolias y claveles. La añosa parra que entra por la ventana de la cocina, agitará su cuerpo verrugoso de culebra, y echará de sí, súbito, hojas del color de esmeraldas y uvas sabrosas. Os nacerán alas á los enamorados y á los pájaros nuevos. Yo no me llamaré *Cierzo*, como hoy, sino *Céfiro*, *Brisa*, ó acaso *Favonio*.» Si no decía nada el viento, Pablo y Engracia creían oír buenas cosas en lo alto de la chimenea, y es seguro que ambos interpretaban de igual modo los discursazos estupendos de ese tremendo orador llamado huracán, cuyos taquígrafos son el barómetro, el termómetro y la rosa de los vientos.

La tía Sátrapa comenzó á armar la mesa para la cena. Púsola cerca del hogar. Tendido el blanco mantel, distribuyó los vasos de vidrio tallado, las salvillas de loza y los tarros del vino generoso. Colocó á mano derecha del sillón paterno una cuchara de plata, en que cabía un océano de caldo, y al lado siniestro la cazuela de las aceitunas negras, que parecían ojos, mirando curiosas á las bocas que iban á tragárselas. El pan partiólo en lonjas, y los platos de barro vidriado, con

manolas pintadas en su centro, ó cacerías de búfalos azules por indios verdes, púsolos á la redonda, como arcaduces de la noria del hambre. El soperón donde los huevos escalfados hervían, ya estaba junto al fuego, y al amor de la piedra enrojecida los pimientos conservados de la última cosecha se encogían, confundiendo primero con las lenguas rojas de los maldicientes que Dante refiere, y luego, al acabar de enroscarse, con los cuernos dorados de Amaltea.... Todos eran vahos bien olientes y apetitivos en torno á la mesa. Las vituallas puestas para el banquete convidaban á él. ¡Lástima que sus dueños no convidaran!

Como el doctor Prieto tardaba, la conversación se hizo general, una vez cansadas manos y bocas de cantar, gritar y alborotar de todas suertes.

—¿Qué me traerán los Reyes?—preguntó Periquillo.

—Lo menos un buen par de azotes—respondía riéndose la tía Sátrapa.

—A mí—afirmaba Bastián—me traerán una casullita de papel dorado para decir misa.

—Pues á mí—aseguraba el chiquitín—me traerán muchos dulces, un sable y un *matalán*.

Matalán llamaban entonces los niños en algunos pueblos de Castilla á unos polichinelas que constituían á la sazón el *sumum* en la fabricación de juguetes.

—A Engracia—añadió la tía Sátrapa—ya no le traerán nada este año.

—¿Por qué no?—preguntó ella.

—Porque ya eres grande—repuso Bastián.

Porque ya no piensas en *matalanes*—dijo la vieja.

—¿Pues en qué pienso?

—¿Qué se yo! ¡Siempre estás triste!

¡Pobre criatura! ¿Qué tristeza era aquella? Sentía su alma predispuesta y templada para toda emoción suave y delicada. El canto de una paloma estremecía hondamente, la música, cuando el doctor tocaba su *violoncello* viejo y cascado, hallaba dentro de ella ecos gratos, despertando en su memoria ó en su fantasía remembranzas ó imaginaciones soñadas ó vividas en el mundo de su ilusión infantil. A veces se creía niña, y un ansia de correr la vibraba en las piernas; pero correr no era todo. Entonces quería volar, y al creerse niña deseaba ser pájaro.... Otras veces pensaba, y hablaba con una gravedad casi lúgubre; y en estos ratos taciturnos.... en estos ratos pensaba en su primo, en aquel muchacho tan bueno, tan guapo, tan cortés, tan tímido y tan respetuoso, que la trataba como hermana y que le parecía mejor que todos los hermanos posibles. Las fiestas la hacían llorar; las tristezas la hacían llorar.... El amor dentro de su alma había causado verdaderos destrozos. ¡El amor sólo hace reír á los tontos!

—¿Es verdad que lloras!—murmuró bajo Pablo.—¿Siempre estás triste!.... ¿Qué tienes?

—La voz fina, infantil casi, de Pablo, le sonaba á ella tan bien!.... ¡Música regalada de los cielos le parecía!

—No lo creas—repuso Engracia.

Periquín había en tanto dicho la lista de las cosas que esperaba de los Reyes, y gritó:

—¡Rabia, rabia, Engracia, que no te traerán nada, porque ya eres grande!

Estas palabras más bien las cantaba que las decía, poniéndolas en esa música inventada por los niños cuando quieren burlarse de algo.

Pablo miró á Engracia frente á frente.

Oyeme—dijo.—También á ti te traerán los Reyes su ofrenda.... Pon tu zapatito á la ventana cuando te acuestes.

Ella cayó. Tenía cerrados los ojos y abrumada la cabeza bajo el peso de una atmósfera divina de que repentinamente se sintió rodeada. Había en esa atmósfera luces, aromas, armonías, besos.... Cuando llegó el doctor, aún no había respondido á Pablo la muchacha....

Prieto dijo:—No es cosa grave ni mucho menos.... Ese Pablo nos asustó.... Vuestra tía no puede venir á cenar con nosotros, pero me ha dicho: «Os envío á mi Pablo y á mi corazón....» ¡Hemos hablado tu madre y yo de muchas cosas!

El médico—bien se echaba de ver—venía alegre, y en sus ojos brillaba una chispa de gozo íntimo. Miró á Engracia, miró á Pablo y sonrió. Después dijo:

—¿A cenar! Cada uno á su sitio.... Tú aquí, señor relojero, junto á mi Engracia.

Y colocando el buen doctor juntos á los dos primos, apretó afectuosamente el hombro de Pablo y tomó la cara de la muchacha con verdadera complacencia. Algo raro le había sucedido en casa de su prima.

La cena fué alegre. Si Periquillo no se hubiese tragado una aceituna entera, después de estar un rato casi ahogado con el hueso en medio del gañote; si Bastián, que, como hombre de ciencia que era, se obstinó en buscar la *virgen* que tenía el besugo en la cabeza, no hubiese hecho saltar éste sobre la cara de la tía Sátrapa, ningún incidente enojoso hubiese turbado la dicha de los comensales. Estos mismos percances fueron recibidos con broma, y dejaron un rastro de burlas y risas que regocijó el resto de la velada. En un cielo alegre, hasta las nubes tienen luz propia.

Cuando dieron las diez, la chiquillería se fué á acostar, y el doctor cogió el *violoncello* cascado, y sentándose en un banco, lejos del hogar, pulsó las cuerdas empolvadas. Ensayó sus recuerdos, ya borrados casi. Primero, sólo acertaba con retazos incompletos, como los que de le

jano concierto trae el aire. Luego fueron completándose, y al fin una gavota salió entera del ventrudo instrumento musical.

— ¡Bailad, muchachos! — dijo Prieto a Pablo y a su hija.

Pablo cogió a Engracia de la mano y se puso frente a ella con caballeresca postura, grave y reposado. La regocijada musiquilla tenía a veces bellos giros e inflexiones de inesperada originalidad. Era una música propia de un salón de Luis XV, cortesana, llena de gracia elegante y urbana alegría. La muchacha, trémula de dicha, llevaba el compás a duras penas. Recogíase el vestido de negra estameña, cuya cintura nacía bajo los brazos, y de cuando en cuando una mano se levantaba hasta la frente para sujetar el rizo rebelde que quería volar. Pablo iba derecho y serio, sin una sonrisa en el rostro, con toda la tísica de un danzarín poseído de lo importante de sus funciones. Prieto tocó un buen cuarto de hora. Luego dejó el arco, y enjugándose una lágrima con el dorso de la mano, exclamó:

— ¡Bien! ¡Basta!... Pablo, vete.... Ya es tarde.

Pablo buscó su apabullado sombrero, subióse hasta las orejas el cuello de la vieja casaca, y se despidió.

Al día siguiente Engracia fué a la ventana no bien amaneció, y buscó a tientas su zapato. Antes dió con los de sus hermanos, donde el médico había echado golosinas, humildes juguetes de aldea y alguna pieza de cobre. Luego encontró su zapatito... Cogiólo y fué al hogar, a cuya luz pudo ver que contenía la sortija de plomo que llevaba desde niño Pablo, y un papelillo. Desdobló éste, y vió que decía: «¡Toda mi alma, prima de mi vida!»

Ella se puso roja de divino pudor, alegre como la mañana que amanecía; trémula de felicidad, y al ir a llamar a su padre, porque en tal hora salía a su visita, dijo a la Virgen de la Esperanza, que estaba en un cuadro junto al despacho del doctor:

— ¡Gracias, Virgen adorada! ¡Cuando los Reyes magos han dejado de hacerme ofrendas, me la has hecho tú de lo que más quería!

J. ORTEGA MUNILLA

EL AMANECER

(EN EL CAMPO)

Tras larga noche de fatal desvelo,
De amarguras y duelo,
Ansiaba yo la luz de la alborada,
Y abandonando el lecho, diligente,
Volví alegre al Oriente
Mi vista soñolienta y fatigada.

De la noche la fúnebre cortina
A la luz purpurina
De la aurora sus gasas entreabría;
El lucero del alba vacilaba
Y el cielo iluminaba
La renaciente claridad del día.

La luna ya, cual púdica doncella
Que oculta su faz bella
A las miradas de indiscreto amante,
Poco a poco velaba sus fulgores
A los claros ardores
Del Monarca del cielo centellante.

Y semejando grupos de querubas,
Al fin las densas nubes
Que ocultaban el sol, se disiparon;
Mostró su faz el astro refulgente
Y allá en el Occidente
Las colinas su lumbré reflejaron.

Vistióse el cielo de záfiro y grana,
Y natura galana
Ostentó su ropaje de hermosura;
Entonaron sus cántigas las aves
Y dulces y suaves
Esparcieron las auras su frescura.

Sus cálices las flores entreabrieron,
Los arroyos corrieron
Reflejando del sol los resplandores;
Mugió el ganado alegre en las montañas,
Dejaron sus cabañas
Dichosos los sencillos labradores.

En presencia de tanta maravilla
Yo doblé la rodilla,
Y olvidando mis duelos y pesares,
De natura a los plácidos concentos
Asocié mis acentos
Y alcé al Criador mis fervidos cantares.

Mi mente por la fiebre enardecida
Halló frescura y vida
De esta mañana bajo el regio manto
Escenario de Dios resplandeciente,
El alma reverente
Admira muda tu esplendor y encanto.

FILEMÓN BUITRAGO

EDGARDO POE

(BOCETO LITERARIO)

I

Pocos escritores han suscitado discusiones tan empeñadas y controversias tan reñidas como el ilustre poeta y novelista norteamericano cuyo nombre sirve de epígrafe al presente artículo. La disparidad en la apreciación crítica y la diferencia en el juicio literario indican por sí solas que no se trata de una figura vulgar que se mueve en los limbos de la medianía, sino de una grande personalidad artística, apta para atraer sobre su cabeza el rayo de la tempestad, y luminosa hasta mostrar relampagueando sobre su frente los resplandores del genio.

Edgar Poe ha sido calificado por unos de loco, por otros de criminal; quien le llama desgraciado y víctima de su país y de su tiempo, ó le considera como un monstruo de horrores y de vicios, ó le bendice como la más fuerte cabeza de la América literaria; quien, en fin, le contempla como uno de esos soles sin eclipse y sin ocaso que constituyen las grandes lumbreras de la humanidad. Y es que ciertos críticos no han visto más que el hombre y otros no han querido ver más que el escritor, y de aquí que en torno del escritor ó del hombre hayan agrupado y condensado aureolas de brillante luz ó círculos de negras y pavorosas sombras.

Sin duda de ningún género, entre los territorios más fértiles pertenecientes a esa inmensa colmena de repúblicas y de pueblos que se llama los Estados Unidos, figura el de Maryland. Pero ni sus tres grandes ríos, el Potomac, que le separa del Estado de Virginia; el Delaware, navegable hasta más allá de Filadelfia, y el Patapsco, que forma vastísimo estuario y sirve de excelente puerto, ni la extensa y hermosa bahía de Chesapeake, sobre la cual se asienta la capital Annapolis, ni su situación geográfica entre los Estados de Delaware, Pensilvania, Virginia, el distrito federal de Colombia y el Océano, ni su proximidad relativa al Niágara, la tremenda catarata que da una idea aproximada del verdadero caos, lanzando cada hora al hondo abismo sobre cien millones de toneladas de agua, nada alcanza a darle la importancia de que disfruta y la celebridad de que blasona como ciudad de Baltimore, levantada en el curso del Patapsco, y que es sin disputa una de las mejores de la Unión y la perla engarzada del Estado de Maryland. Baltimore fué la cuna y el sepulcro de Poe: en ella vió éste por primera vez la luz el año decimotercio del siglo en que vivimos, y en ella fué encontrado moribundo al amanecer de triste día del otoño de 1849, sobre el frío y duro empedrado de solitaria calle, víctima de la más funesta de las debilidades humanas, de la embriaguez, y cuando apenas contaba de vida 36 años. El ánimo se abate y la inteligencia desmaya al considerar que el rey del pensamiento fuera esclavo del alcohol, al discurrir que el gigante caía del trono de su soberanía para soñar con los delirios de la borrachera, desgarrarse las entrañas, y abrirse su tumba como labra el gusano el capullo de seda que ha de servirle de mortaja.

Difícilmente se adivinará en las obras de Poe al oscuro hijo de un comediante de ilustre prosapia y de una actriz de peligrosa hermosura, al colegial de Stoke-Newington, al estudiante expulsado de la Universidad de Charlottesville, al soldado en Grecia, al alumno militar despedido de la Escuela de West-Point, ni mucho menos al opulento y favorecido personaje del Estado de Virginia: pero sí transparentan sus inmortales composiciones al hipocondríaco director de revista en Richmond, que vendía los tesoros inagotables de su fantasía por unos cuantos dollars, al hastiado del mundo, enfermo y pobre en Jordham, al hombre superior que siente apagarse en su pecho la llama de los amores con la muerte del ángel unido de antemano a él por estrechos vínculos de parentesco indestructible, y a quien su corazón eligió por esposa y compañera de su vida en este valle de lágrimas.

Para conocer la naturaleza moral y física de Poe, más que sus biografías, leed sus novelas: en ellas está retratado de cuerpo entero, y de su estudio se desprende que las realidades del mundo le afectaban como visiones y que vivía entregado en cuerpo y alma a las quimeras, a las abstracciones, a la nostalgia y a los sueños. El soliloquio que pone en labios de Egæus en la historia de horror intitulada *Berenice*, es una pintura de mano maestra, calcada en la idiosincrasia del escritor.

«Reflexionar infatigablemente, dice, durante largo espacio de tiempo con la atención fija en una cita pueril estampada en el margen ó en el texto de un libro; permanecer absorto la mayor parte de las horas de una tarde de estío en una sombra extraña que se alarga oblicuamente sobre el tapiz ó sobre el suelo; pasar una noche entera observando la recta llama de una lámpara ó las encendidas ascuas de la chimenea; soñar muchos días con el perfume de una flor; repetir de una manera monótona alguna palabra usual hasta que el sonido, en fuerza de ser repetido, dejase de presentar al espíritu una idea cualquiera; perder toda sensación de movimiento ó de existencia física en un reposo absoluto, obstinadamente prolongado, tales eran algunas de

las más comunes y de las menos perniciosas aberraciones de mis facultades mentales: aberraciones que, sin duda, habrán aparecido en otros seres, pero que desafían ciertamente toda explicación y todo análisis.»

Este modo de ser del escritor determina, en todas y cada una de sus producciones, un sello de absoluta originalidad que lo hace único, por así decirlo, en la historia literaria.

El hombre de genio es siempre un desterrado en el mundo, un Prometeo encadenado cuyas entrañas debora el negro buitre de los intereses materiales y del helado positivismo: así que Edgardo Poe, temperamento excepcional, aislado en medio del tropel de la muchedumbre irreflexiva y loca que le rodea por todas partes, adquiere en la soledad, esa madre de las grandes ideas, como Balzac la llama, la debilidad de su complexión física y el vigor atlético de su individualismo moral. Ciertamente que la originalidad de Poe raya a veces en la extravagancia y en el absurdo; cierto que gusta de estudiar y describir la naturaleza en sus perturbaciones fisiológicas o en sus trastornos espirituales, y es casi siempre el cantor de la tisis, de la catalepsia, del magnetismo, de la locura y de la muerte; cierto que, encastillado en sus lucubraciones y en sus desvaríos anormales, se aparta tanto de la realidad como se acerca a las regiones de una belleza inexpressable y desconocida; pero ¡ay! al sentir el torrente de oro de flores y diamantes que fluye y se escapa silencioso de su pluma inmortal, inundando de luz suavísima la fantasía del lector, o al encontrarnos poseídos del terror sobrenatural y galvánico que brota y salta como una chispa eléctrica de sus creaciones aterradoras cuando se complace en pisotear a nuestra vista el corazón humano chorreando sangre, entonces, y sólo entonces, el hombre se engrandece, el alma se siente arrancada del molde de barro que la aprisiona, y absorta y muda primero, frenética de entusiasmos después, hace que prorrumpan los labios en bendiciones al genio que tales maravillas, portentos y milagros realiza.

Ni Esquilo, ni Sófocles, ni Dante, han concebido suplicios más espantosos para el cuerpo, ni tormentos mayores para la conciencia. No extrañará que afirmemos, por lo tanto, que los personajes de Edgardo Poe son palomas o serpientes, ángeles o demonios, figuras dulcísimas circuidas de relámpagos y resplandores, dibujadas en un momento de supremo éxtasis, o monstruos que se revuelven sobre el fango y entre las tinieblas, concebidos en la obsesión del desenfreno y de la locura, caracteres que se hacen amables o antipáticos, definidos siempre, nunca vagos ni incoloros, y que, incrustándose, por así decirlo, en la memoria del lector, ni se olvidan ni se borran. Por eso un ilustre crítico francés, al tratar del gran escritor norteamericano, dice que «gusta de mover sus figuras sobre fondos violáceos y verduscos en que se revelen la fosforescencia de la putrefacción y el aliento de la tormenta, y que sus composiciones parecen haber sido creadas para demostrarnos que la extravagancia es una de las partes integrantes de lo bello.»

¡Y qué asuntos tan originales y tan extraños los que sirven de argumento a sus poesías, a sus críticas y a sus novelas! Ya es un gato negro que descubre a un asesino y lo entrega al verdugo; ya un orangután que ejecuta inconscientemente un doble y tremendo crimen; ya un tísico magnetizado *in articulo mortis*, que revela misterios de ultratumba hasta el momento en que se deshace su podrido cuerpo y queda convertido en gelatinosa y líquida masa descuartizada; ya un escarabajo que sirve para realizar el hallazgo de un escondido y valiosísimo tesoro; ya un enano y jorobado bufón que concibe y realiza espantosa venganza del rey y de los cortesanos que se burlan de su monstruosidad; ya un caballo de fuego que brota de un tapiz para ser instrumento de inmolación y de sangre; ya un condenado a muerte por la inquisición, que escapa de los horribles suplicios del pozo negro, la cortante cuchilla, las ratas devoradoras y el fuego del calabozo infernal; ya, en fin, un noble que se venga enterrando vivo al que le infirió hondo ultraje, en una cripta formada con huesos de sus antepasados, o ya un loco que asesina a un viejo, y creyendo escuchar siempre la palpación agitada y sorda del corazón de su víctima, «semejante al ruido que haría un reloj envuelto en algodones,» confiesa a la justicia de los hombres la enormidad de su culpa....

II

Pocos escritores han sentido y descrito la naturaleza del modo admirable que la siente y la dibuja Poe. *La isla de la Hada*, *El señorito de Arnheim*, *La alquería Landor*, *La caída en el Maelstrom*, y el *Manuscrito encontrado en una botella*, son modelos acabados en este género de composiciones. Véase, como ejemplo, la descripción que hace de un lago en la tercera de las novelas citadas.

«Ningún cristal habría podido rivalizar en claridad con sus aguas. El fondo, que distintamente se apercibía, lo formaban guijarros redondos de alabastro de una blancura pasmosa; las riberas, revestidas de un césped de esmeralda redondeado en curvas más bien que cortado de declive, penetraban en el claro cielo colocado debajo; y este cielo era tan límpido y reflejaba a intervalos tan primorosamente todos los objetos que le dominaban, que era en verdad difícil fijar el punto donde terminaba la orilla verdadera y aquel en el cual comenzaba la orilla reflejada. Las truchas y algunas otras variedades de pescados de que este estanque parecía, por así decirlo, plagado, tenían el aspecto exacto de verdaderos peces voladores, y era casi imposible pensar que no estuviesen suspendidos en el aire. Una ligera piragua de abedul, que descansaba tranquilamente sobre el agua, reflejaba en ella sus

fibras más tenues, con una fidelidad que no la habría sobrepujado el espejo más perfectamente bruñido....»

Y en *La isla de la Hada*, al describir un paisaje lleno de melancolía, de calma y de tristeza, en contraposición a un jardín embalsamado, de follaje brillante y multicolor, «agitado por innumerables mariposas que se habrían podido tomar en sus temblorosos vuelos por tulipanes alados,» dice:—«La sombra de los árboles caía pesadamente sobre el agua y parecía sepultarse allí, impregnando de tinieblas las profundidades del elemento....»

No es posible hallar más idealidad en la realidad misma, ni levantar con majestad más incomparable la punta del velo que encubre estos misterios sagrados de la naturaleza, fantásticos como los espejismos de un sueño, y que ya os incitan a adivinar la mano delgada y trasparente que arranca de los hilos vibrantes de un arpa de cristal notas que se derraman como perlas en la soledad y en el silencio de la noche, o ya os transportan a la mágica contemplación de ese polvo de oro que salpica el esplendente manto de los cielos y lo convierte en un palio azul tachonado de brillantes.

El espíritu de Poe, eminentemente sintético, abarca así lo trágico, como lo cómico, y en prueba de esta segunda afirmación, indicaremos *El diablo en el campanario*, *El sistema del doctor Brea* y *del profesor Pluma*, *El Rey Peste*, *El Ángel extraño* y la *Aventura sin semejanza de Hans Pfaall*, cuentos todos que rebosan salística y humorismo de seductor ingenio. ¿Quién no recuerda aquel compositor de fueles de Rotterdam, que para escapar de sus acreedores o verdugos hace un viaje en globo a la luna, desde donde apercibe la tierra bajo la forma de un grande y sombrío escudo de cobre, fijo é inmóvil en los cielos? ¿Cómo olvidar en *El sistema del doctor Brea* y *del profesor Pluma* aquel manicomio francés de aspecto viejo y ruinoso, las miradas centelleantes de aquellos enajenados que lo habitan, las manías de cada uno de estos enfermos del alma y la finura y cortesía del director del Establecimiento, que resulta ser luego el jefe de los locos, cuyo sistema curativo, tan decantado por su mismo autor, estribaba en haber embreado cuidadosamente a los guardianes y demás gente cuerda del asilo, y emplumarlos hasta el punto de que no parecían hombres, sino orangutanes *chimpancés* o grandes monos negros del cabo de Buena Esperanza?....»

Otro de los rasgos distintivos que caracterizan al escritor americano, es la facultad rigurosamente inductiva de su espíritu, que resplandece y encarna, por así decirlo, en la concepción y en el estilo de sus obras: a ella debe el éxito alcanzado en la publicación de *El escarabajo de oro*, *El jugador de ajedrez de Maelzel*, *El misterio de María Roget*, *La carta robada* y el *Doble asesinato de la calle de Morgue*. Del examen y observación de un cierto número de hechos particulares y de fenómenos transitorios, hace brotar una inmensidad de sugerencias y de razonamientos que conducen en derechura a la proclamación de verdades generales y de leyes incontrovertibles; saca luz del humo; de los abrojos, flores; de miserias de hombre, pasiones de gigantes; las virtudes y los vicios se engrandecen a través del vidrio de aumento de su inteligencia pasmosa; y a veces, como el pájaro que pasa cantando sobre los abismos, o como el aguerrido general que deja que las huestes contrarias invadan sus cuarteles, seguro de que con sangre enemiga escribirá su triunfo en el estandarte glorioso de la victoria, parece que se complace enredando más y más la maraña de dificultades y de obstáculos que él mismo ha sabido tejer, para deleitarse después sin duda con la luminosa y serena contemplación de la verdad. Y entonces aparece la fantasía, no como la facultad delirante y loca, o como la bacante desenfrenada y tiránica, sino como la humilde esclava y servidora de su reina, la razón.

Para terminar estas breves consideraciones, hagamos observar que no se puede emitir juicio imparcial y recto sobre las obras del celebrado ingenio que ciñó a sus sienes la cuádruple corona de poeta, de novelista, de filósofo y de crítico, sin deponer a sus pies ciegos exclusivismos, insultos y rencores de una moral problemática, y moldes estrechos en los que espíritus pusilánimes quieren pesar y medir las facultades creadoras de los colosos, que, según las frases inolvidables de Adriano Dézamy, se tutean con los dioses; puesto que ni aciertan a comprenderlas, ni mucho menos a juzgarlas: el problema queda entonces planteado y reducido a sus términos verdaderos, y la cuestión estriba en dilucidar si Edgardo Poe es un planeta errante que se despeña en el vacío, o un astro de primera magnitud cuya órbita inmensa é infinita no alcanza a descubrir el ojo míope de la crítica dogmática. Será, si queréis, el ángel malo de la Literatura, el Luzbel del Arte; mas lo que no puede discutirse, lo que está fuera de toda duda, es que el genio no tiene barreras; que los eslabones de hierro de la pesada cadena que liga al hombre con la realidad, se quiebran y saltan en mil pedazos al soplo de mágica palabra; que no hay sepulcro cerrado y sellado de donde no salga siempre victorioso y triunfante el espíritu, y que entre los apóstoles de la Edad Moderna que han llevado a cabo una revolución en las Letras y en el Arte, han impuesto leyes a la crítica y han abierto nuevos derroteros a las ideas y señalado horizontes ilimitados y desconocidos a la manifestación del pensamiento, ocupa un lugar preeminente el insigne escritor que nuestra atención embarga.

Hijos del gran siglo XIX, congratulémonos de haber sido coetáneos de un genio que vivirá siempre en la Historia de la Literatura y en el corazón de cuantos tengan hambre y sed de sublimidad y belleza; y al recordar que su azarosa vida fué un relámpago y su temprana muerte un sueño, y al considerar que se ha eclipsado para siempre una de las más brillantes estrellas de la humanidad, repitamos ante el frío se-

pulcro de Edgardo Poe estas inmortales palabras que el célebre poeta Schiller consagró al recuerdo de un artista querido, arrebatado por el destino en la primavera de la vida y sin estar maduro para el ataúd:

«¡No os vanagloriéis, viejos pinos que resistís las tempestades y despreciáis el trueno, montes que sostenéis los cielos, ni cielos que lleváis los soles! Cuando el gusano carcome la flor, ¿quién es el insensato que se considera invulnerable!!»

ISMAEL RIVAS Y CALDERÓN

UNA MISERIA

(TRADUCCIÓN DE BAUDELAIRE)

¿Recuerdas lo que vimos en aquella
Dulce mañana del hermoso estío?...
De un animal gentil cuerpo insepulto,
Sobre un lecho de piedras extendido;
Cual lúbrica mujer, al aire el pecho,
Todo abrasando, con aspecto cínico
Y asqueroso abandono el vientre abría,
Acres humores destilando á ríos.

El sol la podredumbre acariciaba,
Como para cocerla con su fuego
Y así centuplicar los ricos dones
Que allí tntentaba el fecundado suelo.
Como una flor, del sol á las caricias,
Se abría aquel magnífico esqueleto,
Con hedor tan punzante, que de verte
Caer desvanecida, tuve miedo.

Y las moscas zumbaban volteando
Sobre el podrido vientre en que bullían,
Como líquido espeso, negras larvas,
Dando al cadáver movimiento y vida.
Y subir y bajar vi todo aquello,
Y ola agitada, hirviente parecía,
Cual si, en mortal despojo, un soplo vago
Multiplicase la existencia misma.

Salían de aquel mundo extrañas notas,
Como del viento, ó de corrientes aguas,
O de trigo en harnero que una mano
Con movimiento rítmico agitara.
Las formas, ya perdidas, sólo un sueño
Podían ser, bosquejo que en la tabla
O en el lienzo olvidado, lentamente
Por sus recuerdos el artista acaba.

Detrás de unos peñascos, loba hambrienta
Nos miraba con ojo centellante,
Como con ansia de volver de nuevo
Al inmundo festín de muerta carne.
—Tú morirás también; serás al cabo
A aquella podredumbre semejante,
Tú, de mis ojos luz, sol de mi vida,
De mis amores bendecidos ángel.

A serlo llegarás, ídolo mío,
Cuando apagado el fúnebre lamento,
Bajo la yerba y las gentiles flores,
Te corrompas al fin entre esqueletos.
Entonces dí, mi bien, á los gusanos
Que tu hermosura comerán á besos,
Que yo guardé la forma, yo la esencia
De mis dulces amores descompuestos.

EDUARDO BUSTILLO

EL REQUIEM DEL CUERVO (1)

(DE ERCKMANN CHATRIAN)

I

Mi tío Zacarías es el original más curioso que he encontrado en mi vida. Figúraos un hombre pequeño, gordo, gordiflón, de tez rubicunda, de nariz porrona y calvo completamente; llevaba grandes gafas de cristal redondo y un gorro de seda negra que no le cubría más que la coronilla.

Era muy amigo de broma, incluyendo en esta el *johanisberg*; pero lo que prefería á todo era la música. Zacarías Muller había nacido músico por la gracia de Dios, como otros nacen franceses ó rusos: tocaba todos los instrumentos con una facilidad maravillosa. No se podía comprender, viendo su aire de ingenuidad, que tan buen humor y tanto estro pudieran animar á semejante personaje.

Así hizo Dios al ruiseñor, goloso, alegre y canoro: mi tío era ruiseñor.

Se le convidaba á todas las bodas, á todos los bautizos, á todos los entierros, á todas las fiestas.

— Señor Zacarías, le decían, necesitamos un *hopser*, una *aleluya*, un *requiem* para tal día.

Y él contestaba simplemente:

—Estará.

Y ponía manos á la obra, silban 'o y fumando delante de su pupitre; y derramando una lluvia de notas en su papel, llevaba el compás con el pie izquierdo.

El tío Zacarías y yo vivíamos en una casa vieja de la calle de *Minnesingers*, en Bingen; él habitaba el cuarto bajo, verdadero almacén de muebles viejos é instrumentos de música; yo ocupaba un aposento del principal, quedando deshabitadas las demás piezas de la casa.

Frente por frente de nuestra casa vivía el doctor Haselnoss. Por la noche, cuando estaba á oscuras en mi habitación y las ventanas del doctor se iluminaban, me parecía, á fuerza de mirar, que su quinqué se adelantaba hasta tocarme en los ojos; y veía al mismo tiempo la sombra del doctor agitando en la pared de una manera extraña, con su cabeza de ratón cubierta con un tricorno, su cola moviéndose á uno y otro lado, su levita de grandes faldones y su escuálida persona en los zancos de sus delgadas piernas. Distinguía también en las profundidades de su habitación, vasos llenos de animales raros, piedras relucientes, y de perfil, el lomo de sus libros, puestos en orden de batalla en las tablas de una biblioteca.

El doctor Haselnoss era, después de mi tío, el personaje más original de la ciudad. Su sirvienta Orchel se jactaba de no hacer la colada sino cada seis meses, y yo lo creía sin esfuerzo, porque las camisas del doctor estaban llenas de manchas amarillas, lo que probaba la cantidad de ropa blanca encerrada en sus armarios. Pero la particularidad más interesante del carácter del doctor, es que del perro ó gato que entraba en su casa, no se volvía á ver el pelo. Dios sabe lo que hacía con ellos. La voz pública lo acusaba de llevar en uno de sus bolsillos posteriores un pedazo de tocino para atraer á estos pobres animales; así cuando salía por la mañana á visitar á sus enfermos y pasaba á trote corto por delante de nuestra casa, no podía yo menos de considerar con terror aquellos faldones flotantes á derecha é izquierda.

Tales son las más vivas impresiones de mi infancia; pero lo que más me encanta en estos lejanos recuerdos, lo que por encima de todo resalta en mi espíritu cuando recuerdo á Bingen, es el cuervo Hans revoloteando por las calles, pillando lo que estaba descuidado en la mesa del carnicero, cogiendo al vuelo todos los papeles, penetrando en las casas y divirtiendo á las gentes que llamaban *Hans* por aquí, *Hans* por allá.

¡Singular animal verdaderamente! Un día hubo de entrar en el pueblo con una ala rota: el doctor Haselnoss le compuso su ala, y todo el pueblo lo adoptó: quien le daba carne; quien queso y otras golosinas. Hans pertenecía á todo el pueblo y estaba bajo la protección de la fe pública.

¡Cuánto quería yo al dichoso cuervo, á pesar de sus picotazos! Aún me parece que lo veo saltar por encima de la nieve, volver ligeramente la cabeza y mirar de reojo con aire burlón. Se nos caía algo del bolsillo, una moneda, una llave, cualquier cosa; Hans se apoderaba de ello y lo llevaba al tejado de la iglesia, donde había establecido su almacén y guardaba el fruto de sus rapiñas, porque Hans era, por desgracia, un pájaro ladrón.

Pero mi tío Zacarías no podía sufrir al tal pajarraco, y estaba de imbeciles á los habitantes de Bingen, porque lo tenían en tan gran estimación.

Ahora bien; una hermosa tarde de Octubre, el tío Zacarías estaba al parecer más alegre que de costumbre; no había visto al cuervo en todo el día. Las ventanas estaban abiertas y el sol penetraba en la estancia. El tío Zacarías, repantigado en su amplia butaca, fumaba tranquilamente, y yo lo miraba procurando inquirir la causa de su íntima satisfacción.

—Querido Tobías, me dijo lanzando al techo una larga espiral de humo, no podrías creer cuán dulce quietud siento en este instante. Hace muchos años que no me he sentido tan dispuesto como ahora á emprender una gran obra, una obra por el estilo de la *Creación* de Haydn. Paréceme que el cielo se abre á mis ojos y que oigo á los ángeles y serafines entonar himnos celestiales, hasta podría notar todas sus voces. ¡Oh! ¡Qué bella composición! Si pudieras oír el bajo de los doce apóstoles.... ¡Oh! es cosa magnífica.... magnífica. El soprano de Rafael hiende las nubes: creérase la trompeta del juicio final. Los ángeles baten las alas riendo y las santas lloran de una manera verdaderamente armoniosa ¡silencio! Hé aquí el *Veni Creator*: el bajo colosal avanza.... la tierra se estremece.... Dios va á aparecer.

Y el bueno de mi tío inclinaba la cabeza y parecía que escuchaba con toda su alma, á la vez que gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Bene Rafael, bene! murmuraba.

Pero cuando más arrobado estaba, cuando sus ojos, sus labios, todo su semblante y su actitud expresaban un raptó divino, he aquí que el cuervo Hans abate su vuelo y viene de repente á pararse en nuestra ventana, dando al mismo tiempo un graznido penetrante. Mi tío palideció, miró con espantados ojos á la ventana y se quedó con la boca abierta y la mano extendida en la actitud de estupor.

(1) De los Cuentos de las orillas del Rhin.

El cuervo se había posado en el travesaño de la ventana, y creo no haber visto nunca expresión más burlona: su pico se volvía ligeramente de través y sus ojos brillaban como perlas. Dió luego otro irónico graznido y se puso á peinarse las alas con mucho sosiego.

Mi tío no dijo una palabra; estaba como petrificado.

Hans saltó luego volando; entonces se volvió mi tío, y mirándome fijamente, me dijo:

—¿Lo has reconocido?

—¿A quién?

—Al diablo.

—¿Al diablo!

—Sí.

—¡Bah! Vd. se chancea.

Mi tío no se dignó contestarme, y se hundió en la más profunda meditación.

Desde aquel día perdió todo su buen humor. Probó al principio á escribir su gran sinfonía de los *Serafines*, pero no habiendo estado feliz, se puso muy melancólico, y repantigado en su butaca y mirando al techo, no hacía más que pensar en la armonía celestial.

Cuando le advertía yo que el dinero se agotaba y que no haría mal en escribir un wals ó cualquiera otra cosa que nos pusiera á flote, me contestaba con extrañeza:

—¡Un wals!... ¿Y qué es un wals?... Si me hablaras de mi gran sinfonía, enhorabuena; pero un wals... Tobías, tú pierdes el juicio y no sabes lo que dices.

Después añadía más tranquilo:

—Créeme, Tobías, cuando yo haya terminado mi gran obra, podremos cruzarnos de brazos y dormir á pierna suelta. Es el alfa y el omega de la armonía: nuestra reputación estará hecha. Hace mucho tiempo que hubiera terminado esta obra maestra: sólo una cosa me lo impide... el cuervo.

—¿El cuervo? Pero mi querido tío ¿cómo puede el cuervo impedir á Vd. que escriba eso ni nada? ¿No es un pájaro como los demás?

—¡Un pájaro como los demás! exclamó mi tío con verdadera indignación. ¡Ah! Tobías, bien lo veo; tú conspiras con mis enemigos. Sin embargo ¿qué no he hecho yo por tí? ¿No te he educado como si fueras mi hijo? ¿No he reemplazado yo á tus padres? ¿No te he enseñado á tocar el clarinete? ¡Ah! ¡Tobías! ¡Tobías! No haces bien.

Decía esto con tal tono de convicción, que acababa yo por creerlo, y maldecía en mi corazón al cuervo que turbaba la inspiración de mi tío. Sin él, me decía, nuestra fortuna estaría ya hecha. Y tenía yo ya mis dudas sobre si el cuervo era ó no era el diablo en persona.

A veces el tío Zacarías probaba á escribir; pero por una fatalidad curiosa y casi increíble, aparecía siempre el cuervo en el más crítico momento, ó cuando menos dejaba oír su ronco y fatídico graznido. Entonces el pobre hombre tiraba la pluma con desesperación, y si hubiera tenido cabellos, se los habría arrancado á manos llenas: tal era su exasperación.

Las cosas llegaron á un punto, que el bueno de mi tío, con ser tan manso y pacífico de suyo, tomó la escopeta del panadero Razer, verdadera carabina de Ambrosio, y se puso de centinela detrás de la puerta á acechar al maldecido pájaro.

Pero entonces el cuervo, astuto como el diablo, no aparecía ni en cien leguas; y cuando el buen señor, tiritando de frío, iba á calentarse las manos, luego al punto el excomulgado cuervo se ponía á graznar delante de la casa. Mi tío corría entonces á la calle; pero el cuervo acababa de desaparecer.

Era una verdadera comedia, y todo el pueblo hablaba de ella. Mis condiscípulos se burlaban de mi tío; lo que me obligó á reñir más de una batalla en la plazuela. Yo lo defendía á capa y espada; sino que todas las tardes volvía á casa, ahora con un ojo amoratado, ahora con la nariz aporreada.

Entonces me miraba mi tío con paternal cariño, y me decía:

—Ten valor, hijo mío; en breve no tendrás ya necesidad de tomarte tanto trabajo.

Y luego, lleno de entusiasmo, tomaba el empeño de darme idea de la obra que llevaba entre cejas. Era verdaderamente magnífica: todo estaba en orden. Primero la obertura de los apóstoles, después el coro de serafines en *mi bemol*, luego el *Veni Creator* en medio de rayos y truenos.

—Pero es menester, añadió mi tío con despecho, es menester que muera el cuervo. El cuervo es la causa de todo el mal.

Ya lo ves, sobrino Tobías, sin él, hace mucho tiempo que estaría terminada mi gran sinfonía, y podríamos vivir ya de nuestras rentas.

II

Una noche, volviendo entre dos luces de la plaza, hube de encontrar al cuervo. Había nevado, la luna brillaba por encima de los tejados y no sé qué vaga inquietud se había apoderado de mi corazón al encuentro del negro pájaro. Al llegar á la puerta de nuestra casa, me sorprendí grandemente de encontrarla abierta. Algunos resplandores llegaban á los vidrios como reflejos de un fuego que se apaga. Entro, llamo, nadie me contesta. Pero figuraos mi sorpresa, cuando al reflejo de la llama, ví á mi tío con la nariz azul, las orejas violadas, tendido á lo largo de su butaca, con la escopeta de nuestro vecino entre las piernas y los zapatos cargados de nieve.

El pobre hombre había ido á caza del cuervo.

—¡Tío! ¡tío Zacarías! ¿Duerme Vd.?

Entreabrió entonces los ojos, y mirándome con ojos adormecidos:

—Tobías, me dijo, le he apuntado más de cien veces y siempre desaparecía como una sombra en el momento de tirar del gatillo.

Y en diciendo esto volvió á caer en su sopor.

Por más que lo sacudía, no lograba despertarlo. Entonces, justamente alarmado, fuí á llamar al doctor Haselnoss.

Al levantar el llamador, latía mi corazón con una fuerza increíble, y cuando resonaba el golpe en el interior de la casa, flaqueaban mis rodillas.

La calle estaba desierta; algunos copos de nieve caían á mi alrededor y me estremecía.

Al tercer golpe se abrió la ventana del doctor, cuya cabeza, abrigada con un gorro de algodón se inclinó al exterior.

—¿Quién llama? preguntó con voz quebrada.

—Señor doctor, tenga Vd. la bondad de venir pronto á casa de mi tío Zacarías, que está muy malo.

—Voy á echarme encima un abrigo y voy sin demora.

Y volvió á cerrarse la ventana.

Esperé todavía un cuarto de hora largo mirando la calle desierta, oyendo girar las veletas en sus enmohecidas agujas y á lo lejos un perro ladrar á la luna.

Por fin sentí pasos: lenta, lentamente alguien bajaba la escalera. Corrió luego la cerradura y el doctor Haselnoss, envuelto en una hopalanda y con una linterna en la mano, apareció en el umbral.

—¿Qué frío! exclamó. No he hecho mal en abrigarme.

—Hace veinte minutos que estoy tiritando yo aquí.

—Pues me he dado mucha prisa para no hacerte esperar.

Un momento después entrábamos en el aposento de mi tío.

—Buenas noches, señor Zacarías, dijo el doctor tranquilamente, apagando su linterna. ¿Cómo va?

A esta voz abrió los ojos mi tío, como despertándose.

—Señor doctor, contestó el enfermo, voy á contar á Vd. las cosas desde el origen.

—Es inútil, repuso el doctor sentándose enfrente de él sobre un baúl. Sé todo eso mejor que Vd.; conozco el principio y las consecuencias, la causa y los efectos: Vd. detesta al pobre Hans y Hans detesta á Vd.; Vd. lo persigue con la escopeta y él viene á su ventana á burlarse de Vd. Es muy sencillo, el cuervo no gusta del canto del ruiseñor, y el ruiseñor no puede sufrir el graznido del cuervo.

Así habló el doctor tomando un polvo, y después cruzó las piernas y miró fijamente á mi tío con sus pequeños y malignos ojos.

Mi tío se quedó con la boca abierta.

—Escuche Vd., amigo mío: esto no debe sorprenderle; todos los días se ven hechos semejantes, como quiera que las simpatías y antipatías gobiernan nuestro pobre mundo. Entra Vd. en una taberna, en una cervecería, y ve dos jugadores á una mesa; pues sin conocerlos, ya hace Vd. votos por el uno y por el otro. ¿Qué razón tiene Vd. para esta preferencia? Ninguna. Sobre este punto forman los sabios sistemas tan agudos que se pierden de vista, en vez de decir buenamente; he aquí un gato ó un ratón. Yo estoy por los ratones, porque somos de la misma familia, porque antes de ser Haselnoss doctor en medicina, he sido gato, ardilla, musgano, y por consiguiente...

Pero el doctor no acabó su frase, porque habiendo pasado por su lado el gato de mi tío, le hechó mano y le hizo desaparecer en su bolsillo con rapidez pasmosa.

Mi tío y yo nos miramos sorprendidos.

—¿Qué quiere Vd. hacer de mi gato?—dijo al fin mi tío.

En vez de contestar, sonrió el doctor, y dijo con cierto embarazo.

—Señor Zacarías, veng á curar á Vd. de su mal.

—Deje Vd. suelto el gato.

—Si me obliga á soltar el gato, abandono á Vd. á su triste suerte, no tendrá punto de reposo, no podrá escribir una nota, y cada día irá perdiendo salud hasta....

—Pero, por Dios, exclamó el enfermo ¿qué le ha hecho á Vd. el pobre animal?

—¡Qué me ha hecho! contestó el doctor, cuya fisonomía se contrajo notablemente. Sepa Vd., señor mío, que estamos en guerra con él desde el origen de los siglos; sepa Vd. que el gato resume en sí la quinta esencia del cardo, que me ahogó cuando era violeta; de un acebo que me hizo sombra cuando era el chaparro; de un sollo que me tragó cuando era carpa; de un gavilán que me devoró cuando era ratón.

Yo creí que el doctor perdía el juicio. Pero el tío Zacarías cerró los ojos y contestó después de un largo silencio:

—Comprendo á Vd., doctor, lo comprendo. Pudiera ser muy bien que tuviera Vd. razón. Cúreme Vd. y quédese pues con mi gato.

Los ojos del doctor resplandecieron.

—En buenhora, exclamó. Voy á curar á Vd.

Y sacó de su bolsa un cortaplumas y tomó una astilla que hendió muy diestramente.

Mi tío y yo lo mirábamos operar.

Después de haber hendido el palito, lo ahuecó con la misma habilidad, cortó luego de su cartera una correhuela, y ajustándola entre las dos hojas del palito se la aplicó á los labios sonriendo.

El rostro de mi tío se despejó.

—Doctor, exclamó, es Vd. un hombre singular, un hombre superior, un hombre....

—Lo sé, interrumpió el doctor, lo sé. Pero apagad la luz, que no brille ni un carbón en la oscuridad.

Y mientras yo ejecutaba su orden, abrió de par en par la ventana. La noche era muy fría y por encima de los tejados brillaba la luna límpida y serena. El esplendor de la nieve y la oscuridad de la habitación formaban extraño contraste. Veía yo la sombra de mi tío y la del doctor dibujarse en la ventana, y mil impresiones confusas me agitaban á la vez.

El tío Zacarías estornudó; la mano del doctor se extendió para recomendarle el silencio, y el silencio se hizo solemne.

De repente atravesó el espacio un agudo silbido.

Hubo una pausa de silencio.

Después se oyó otro silbido.

El tío Zacarías, medio encorvado, miraba á la luna. El doctor permanecía inmóvil, con una mano en la ventana y con la otra teniendo el silbato ó pito que había hecho.

Pasaron dos ó tres minutos.

Después el vuelo de un pajarraco hendió el aire.

—¡Ah! exclamó mi tío.

—¡Silencio! dijo el doctor en voz tática.

Y volvió á silbar con modulaciones extrañas.

Dos veces pasó el pájaro rozando la ventana, y el tío Zacarías hizo un movimiento para tomar la escopeta; pero el doctor lo contuvo, diciéndole en voz baja:

—¿Está Vd. loco? No hay necesidad de eso.

Y continuó soplando su pito con tal arte, que creyendo el cuervo que iba á dar con la pieza cogida en el lazo, después de rondar la ventana acabó por entrar en la habitación.

Mi tío dió un grito y se lanzó sobre el cuervo, que fácilmente se escapó de sus manos.

—¡Torpe! exclamó el doctor cerrando rápidamente la ventana.

Por fortuna, todavía era tiempo: el cuervo se había refugiado entre las vigas. Después de varias tentativas, el pobre Hans se lanzó contra un vidrio de la ventana; pero no pudo romperlo y se deslizó aturdido al suelo.

El doctor encendió la luz y entonces vi al cuervo entre las manos de mi tío, que le retorció el cuello con fruición frenética.

Pasado el primer momento de indignación, mi tío volvió á ser el mismo.

—Tobías, me dijo, el diablo me las ha pagado ya todas juntas: estamos pues en paz. Ten ese cuervo á mi vista. Ahora me siento como renacer.... ¡Silencio! escuchad.

Y el maestro Zacarías se puso al piano. Yo estaba en frente de él teniendo el cuervo por el pico; detrás estaba el doctor alumbrando. El cuadro que formábamos no podía ser más raro.

A los primeros acordes parecía que se trasformaba mi tío; sus grandes ojos azules brillaban de entusiasmos; no tocaba delante de nosotros, sino en una catedral, delante de un auditorio inmenso y para el mismo Dios.

¡Qué canto tan sublime! alternativamente sombrío, patético desgarrador, resignado. Después en medio de los sollozos, la esperanza desplegando sus alas de oro y azul. ¡Oh Dios! ¿es posible concebir tan grandes cosas?

Era un *Réquiem*, y por espacio de una hora la inspiración no abandonó á mi tío ni un segundo.

El doctor no se reía ya. Insensiblemente su fisonomía burlesca tomó una expresión indefinible. Hasta creí que se enternecía; pero muy luego lo ví hacer movimientos nerviosos, crisar las manos, y observé que algo forcejeaba debajo de sus faldones.

Cuando mi tío, fatigado de tantas emociones, apoyó la frente en el borde del piano, se sacó el doctor del bolsillo el gato estrangulado.

—Ea, buenas noches, maestro Zacarías, dijo sonriendo. Cada cual ha cazado esta noche su pieza. Ha hecho Vd. un *réquiem* para el cuervo; ahora ha de hacer una *alcluya* para su gato.... Buenas noches.

Mi tío, fatigado como estaba, sólo contestó al doctor con una inclinación de cabeza.

Ahora bien; aquella misma noche murió el gran duque Yeri Peter, segundo de este nombre, y cuando el doctor atravesaba la calle, oyó los clamores fúnebres de las campanas de la catedral.

Al volver ví á mi tío de pie.

—Tobías, me dijo gravemente, vete á la cama ya; voy á escribir esto esta noche para que no se me olvide.

Obedecí sin réplica y nunca he dormido mejor.

El día siguiente, á las nueve, me despertó un gran tumulto: todo el pueblo estaba en las calles y sólo se hablaba de la muerte del gran duque.

El tío Zacarías fue llamado al palacio y se le dió el encargo de componer la misa de *Réquiem* para los funerales de Yeri Peter II, obra que le valió al fin el empleo de maestro de capilla que él ambicionaba hacía mucho tiempo.

Aquel *Réquiem* no era sino el de Hans.

Con esto, cuando mi tío era ya todo un personaje con sus quinientos duros de renta, solía decirme al oído:

—Sobrino, si se supiera que el *Réquiem* del gran duque no es sino el del gran cuervo, todavía tendríamos que ir á tocar el clarinete á las fiestas de lugar.

Y se reía á carcajadas.

Así son las cosas de este mundo.

CECILIO NAVARRO

SONETO

Á DON MANUEL REINA

EL DOS DE MAYO

Despertando frenéticos rencores,

Asesinando á la niñez que gime,

¡El *Capitán del Siglo* nos redime

De miserias y oprobios y dolores?

Ante el bronce de inicuos vencedores

El proter defensor la espada esgrime....

¡Otro gigante corazón sublime

Que rueda al plomo vil de los traidores!

¿De qué ha servido la brutal matanza?

En los sepulcros que miráis abiertos

No hundiréis el borrón de esa asechanza.

Id á pisar los corazones yertos....

¡El ángel destructor de la venganza

Sus alas abre ya sobre los muertos!.....

V. MARÍN Y CARBONELL.

LIBROS

Noventa Estrofas.—Bajo este modesto título, acaba de dar á luz su joven autor, el inspirado poeta malagueño D. Salvador Rueda y Santos, un pequeño cuaderno de poesías, que es el primero de una serie que se propone publicar para darse á conocer en el campo de la literatura Madrileña, donde hizo su entrada hace poco más de un año.

Plumas autorizadas le han augurado, al ocuparse de su primera obra, *Renglones Cortos*, un brillante porvenir en su carrera literaria, con el apoyo indispensable de la *meditación y el estudio*.

Nosotros nos contentaremos con darle las gracias, por el cuaderno que ha tenido la galantería de remitirnos.

El cariño que profesamos al autor nos impide ser más explícitos.

Noventa estrofas, á cuyo frente figura una carta del insigne poeta Núñez de Arce, puede adquirirse al módico precio de 50 cént. de peseta, en las principales librerías de la Corte. Los pedidos al Director de *La Biblioteca Andaluza*, calle de Hortaleza, núms. 20 y 22.

El Congreso Pedagógico y el tema segundo, obra pedagógico-social, por D. Manuel Polo de la T. Toribio, es un libro utilísimo, que recomendamos vivamente á nuestros lectores. Consta de 176 páginas en octavo francés, y se halla impresa con gran esmero en excelente papel *verge* y tipos escogidos.

Su precio es el de dos pesetas en Valladolid, y dos y media en el resto de España.

Puntos principales de venta: casa del autor, Acera de Santi-Spíritus, 41. Valladolid.—Imprenta y librería de Hernando, Arenal, 11, Madrid, y en las principales librerías de España.

A.

NOTA

A contar desde este número, LA DIANA aparecerá los días 8 y 22 de cada mes.

GIL BLAS

Periódico satírico semanal

DIRECTOR: DON ANTONIO SANCHEZ PÉREZ

Precio de suscripción: DOS pesetas trimestre en toda España. Ultramar y extranjero, CINCO pesetas trimestre.

La suscripción empieza en 1.º de cada mes.—Pago adelantado.

Administración y redacción: Gorguera, 3, principal.

MADRID.—Establecimiento tipo-litográfico, Real, 1.